

El doctor Centeno

Benito Pérez Galdós

Tomo I

Introducción a la Pedagogía

Introducción a la Pedagogía : I

Con paso decidido acomete el héroe la empinada cuesta del Observatorio. Es, para decirlo pronto, un héroe chiquito, paliducho, mal dotado de carnes y peor de vestido con que cubrirlas; tan insignificante, que ningún transeúntes, de estos que llamamos personas, puede creer, al verle, que es de heroico linaje y de casta de inmortales, aunque no está destinado a arrojar un nombre más en el enorme y ya sofocante inventario de las celebridades humanas. Porque hay ciertamente héroes más o menos talludos que, mirados con los ojos que sirven para ver las cosas usuales, se confunden con la primer mosca que pasa o con el silencioso, común o incoloro insectillo que no molesta a nadie, ni siquiera merece que el buscador de alimañas lo coja para engalanar su colección entomológica... Es un héroe más oscuro que las historias de sucesos que aún no se han derivado de la fermentación de los humanos propósitos; más inédito que las sabidurías de una Academia, cuyos cuarenta señores andan a gatas todavía, con el dedo en la boca, y cuyos sillones no han sido arrancados aún al tronco duro de las caobas americanas.

Esto no impide que ocupe ya sobre el regazo de la madre Naturaleza el lugar que le corresponde, y que respire, ande y desempeñe una y otra función vital con el alborozo y brío de todo ser que estrena sus órganos. Y así, al llegar al promedio de la cuesta, a trozos escalera, a trozos mal empedrada y herbosa senda, incitado sin duda por los estímulos del aire fresco y por el sabroso picor del sol, da un par de volteretas, poniendo las manos en el suelo, y luego media docena de saltos, agitando a compás los brazos como si quisiera levantar el vuelo. Desvíase pronto a la derecha y se mete por los altibajos del cerrillo de San Blas; vuelve a los pocos pasos, vacila, mira en redondo, compara, escoge sitio, se sienta...

Es un señor como de trece o catorce años, en cuyo rostro la miseria y la salud, la abstinencia y el apetito, la risa y el llanto han confundido de tal modo sus diversas marcas y cifras, que no se sabe a cuál de estos dueños pertenece. La nariz es de éstas que llaman socráticas, la boca no pequeña, los ojos tirando a grandes, el conjunto de las facciones poco limpio, revelando escasas comodidades domésticas y ausencia completa de platos y manteles para comer; las manos son duras y ásperas como piedra. Ostenta chaqueta rota y ventilada por mil partes, coturno sin suela, calzón a la borgoñona todo lleno de cuchilladas, y sobre la cabeza greñosa, morrión o cimera sin forma, que es el más lastimoso desperdicio de sombrero que ha visto en sus tenderetes el Rastro.

De aquellos incomprensibles bolsillos del chaquetón saca mi hombre, a una mano y otra, diversas cosas. Por este agujero aparece un pedazo de chocolate; por aquella hendidura asoma un puro de estanco; por el otro repliegue déjanse ver sucesivamente dos zoquetes de empedernido pan; de aquel jirón, que el héroe sacude, caen o llueven seis bellotas y algunos ochavos y cuartos; más abajo se descubre un papelillo de fósforos; por entre hilachas salen tres plumas de acero, un trozo de lápiz, higos pasados, un periódico doblado y con los dobleces rotos y ennegrecidos... Aparta con diligente mano aquellos objetos que hasta ahora no, se consideran digestivos, desenvuelve y tiende sobre el suelo el periódico a modo de mantel, y sobre él va poniendo los varios artículos de comer y fumar. Se coloca bien, echando una pierna a cada lado del papel, quita, pone, clasifica, ordena, se recrea en su banquete y lo despacha en dos credos.

No se meterá el historiador en la vida privada, inquiriendo y arrojando a la publicidad pormenores indiscretos. Si el héroe usa una de las plumas de acero, como tenedor, para pinchar un higo; si se lleva a la boca con gravedad el pedazo de pan, mordiendo en él con limpieza y buena crianza; si hay, en suma, en su alborozado espíritu un gracioso prurito de comer como los señores, ¿por qué se ha de perder el tiempo en tales niñerías? Más importante es que el historiador, con toda la tiesura, con toda la pompa intelectual que pide su oficio, se remonte ahora a los orígenes de

aquella propiedad y escudriñe de dónde proceden las bellotas, de dónde el fiero cigarrote, los higos, el pan y demás provisiones, con lo cual, si sale airoso de su empresa y lo descubre todito, se acreditará de sabio averiguante, que es lo mejor para tener crédito y laureles sin fin. Llevado de su noble anhelo, baraja papeles, abofetea libros, estropea códices destripa legajos, y al fin ofrece a la admiración de sus colegas los siguientes datos, preciosa conquista de la sabiduría española.

A 10 de Febrero de 1863, entre diez y once de la mañana, en la Ronda de Embajadores, fue mi hombre obsequiado con bellotas por una vendedora de aquel artículo, de otro que llaman cacahuete, de papelillos de fósforos y avellanas. Veintitrés mil razones se emplean para demostrar la probabilidad de que esta esplendidez fuera recompensa de uno o de varios servicios, quizás recados a la vecina, ir a comprar dos libras de jabón o traer un saco de ropa desde el lavadero de las Injurias. Y de igual modo aparecen sacadas de la oscuridad de los tiempos pretéritos la procedencia de las demás vituallas y del cigarro, si bien en esto último hay dos versiones, igualmente remachadas con poderosa lógica. ¿Se lo encontró en la calle? ¿Se lo dio Mateo del Olmo, sargento primero de artillería montada?... Basta. Esta sutil erudición no es para todos, por lo cual la suprimimos. Adelante.

Después de comer como los señores, piensa mi hombre que fumarle ricamente un puro es cosa también muy conforme con el señorío. ¡Lástima no tener fósforos de velita para echar al viento la llama y encender, a estilo de caballero, en el hueco de la mano! El héroe coge el cigarro, lo examina sonriendo, le da vueltas, observa la rígida consistencia de las venas de su capa, admira su dureza, el color verdoso de la retorcida yerba, toda llena de ráfagas negras y de costurones y cicatrices como piel de veterano. Parece, por partes, un pedazo de cobre oxidado, y por partes longaniza hecha con distintas sustancias y despojos vegetales. ¡Y cómo pesa! El héroe lo balancea en la mano. Es soberbia pieza de a tres... ¡Fuego!

Un papelillo entero de misto se consume en la empresa incendiaria; pero al fin el héroe tiene el gusto de ver quemada y humeante la cola del monstruo. Este se defiende con ferocidad de las quijadas, que remedan los fuelles de Vulcano. Lucha desesperada, horrible, titánica. El fuego, penetrando por los huecos de la apretada tripa, abre largas minas y galerías, por donde el aire se escapa con imponentes bufidos. Otras partes del monstruo, carbonizadas lentamente, se retuercen, se esparrancan, se dividen en cortecillas foliáceas. Durísima vena negra se defiende de la combustión y asoma fiera por entre tantas cenizas y lavas... Pero el intrépido fumador no se acobarda y sus quijadas sudan, pero no se rinden. ¡Plaf! Allá te va una nube parda, asfixiante, cargada de mortíferos gases. Al insecto que coge me le deja en el sitio. Síguele otra que el héroe

despide hacia el cielo como la humareda de un volcán; otra que manda con fuerza hacia el Este. El ocaso, el cierzo son infestados después. ¡Con qué viril orgullo mira el valiente las espirales que se retuercen en el aire limpio! Luego le cautiva y embelesa el fondo de país suburbano que se extiende ante su vista, el cual comprende el Hospital, la Estación, fábricas y talleres remotos y por fin los áridos oteros de los términos de Getafe y Leganés. No lejos de las últimas construcciones se nota algo que brilla a trechos entre los pelados chopos, como pedazos de un espejillo que se acaba de romper en las manos de cualquier ninfa ribereña. Es el río que debe su celebridad a su pequeñez, y su existencia a una lágrima que derramó sin duda San Isidro al saber que estos arenales iban a ser Corte y cabeza de las Españas. El héroe mira todo con alegría, y después escupe.

Contempla la mole del Hospital. ¡Vaya que es grandote! La Estación se ve como un gran juguete de trenes de los que hay en los bazares para uso de los niños ricos. Los polvorosos muelles parece que no tienen término. Las negras máquinas maniobran sin cesar, trayendo y llevando largos rosarios de coches verdes con números dorados. Sale un tren. ¿A dónde irá? Puede que a la Rusia o al mismo Santander... ¡Qué tié que ver esto con la estación de Villamojada! Allá va echando demonios por aquella encañada... Sin ponderancia, esto parece la gloria eterna. ¡Válgate Dios, Madrid! ¡Qué risa!... Al héroe lo entra una risa franca y ruidosa, y después vuelve a escupir.

¿Pues y la casona grande que está allí arriba con aquella rueda de colunas?... ¡Ah!, ya, ya lo sabe. Paquito el ciego se lo ha dicho. Ya se vadestruyendo. ¡Sabe más cosas...! En aquella casa se ponen los que cuentan las estrellas y desaminan el sol para saber esto de los días que corren y si hay truenos y agua por arriba... Paquito lo ha dicho también que tienen aquellos señores unas antiparras tan grandes como cañones, con las cuales... Otra salivita.

¿Pero qué pasa? ¿Los orbes se desquician y ruedan sin concierto? El Hospital empieza a tambalearse, y por fin da graciosas volteretas poniendo las tejas en el suelo y echando al aire los cimientos descalzos. La Estación y sus máquinas se echan a volar, y el río salpica sus charcos por el cielo. Este se cae como un telón al que se le rompen las cuerdas, y el Observatorio se le pone por montera a nuestro sabio fumador, que siente malestar indecible, dolor agudísimo en las sienes, náuseas, desvanecimiento, repugnancia... El monstruo, vencedor y no quemado por entero, cae de sus manos; quiere el otro dominarse, lucha con su mal, se levanta, da vueltas, cae atontado, pierde el color, el conocimiento, y rueda al fin como cuerpo muerto por rápida pendiente como de tres varas, hasta dar en un hoyo.

Silencio: nadie pasa... Transcurren segundos, minutos...

El doctor Centeno de Benito Pérez Galdós

Introducción a la Pedagogía: I - II - III - IV - V — **Pedagogía:** I - II
- III - IV - V - VI - VII - VIII - IX - X - XI - XII - XIII

Quiromancia: I - II - III - IV - V - VI - VII - VIII - IX - X

En aquella casa: I - II - III - IV - V - VI - VII - VIII - IX — **Principio
del fin:** I - II - III - IV - V - VI - VII

Fin: I - II - III - IV - V - VI - VII - VIII — **Fin del fin:** I - II - III
- IV - V - VI

Introducción a la Pedagogía : I

Con paso decidido acomete el héroe la empinada cuesta del Observatorio. Es, para decirlo pronto, un héroe chiquito, paliducho, mal dotado de carnes y peor de vestido con que cubrir las; tan insignificante, que ningún transeúnte, de estos que llamamos personas, puede creer, al verle, que es de heroico linaje y de casta de inmortales, aunque no está destinado a arrojar un nombre más en el enorme y ya sofocante inventario de las celebridades humanas. Porque hay ciertamente héroes más o menos talludos que, mirados con los ojos que sirven para ver las cosas usuales, se confunden con la primer mosca que pasa o con el silencioso, común o incoloro insectillo que no molesta a nadie, ni siquiera merece que el buscador de alimañas lo coja para engalanar su colección entomológica... Es un héroe más oscuro que las historias de sucesos que aún no se han derivado de la fermentación de los humanos propósitos; más inédito que las sabidurías de una Academia, cuyos cuarenta señores andan a gatas todavía, con el dedo en la boca, y cuyos sillones no han sido arrancados aún al tronco duro de las caobas americanas.

Esto no impide que ocupe ya sobre el regazo de la madre Naturaleza el lugar que le corresponde, y que respire, ande y desempeñe una y otra función vital con el alborozo y brío de todo ser que estrena sus órganos. Y así, al llegar al promedio de la cuesta, a trozos escalera, a trozos mal empedrada y herbosa senda, incitado sin duda por los estímulos del aire fresco y por el sabroso picor del sol, da un par de volteretas, poniendo las manos en el suelo, y luego media docena de saltos, agitando a compás los brazos como si quisiera levantar el vuelo. Desvíase pronto a la derecha y se mete por los altibajos del cerrillo de San Blas; vuelve a los pocos pasos, vacila, mira en redondo, compara, escoge sitio, se sienta...

Es un señor como de trece o catorce años, en cuyo rostro la miseria y la salud, la abstinencia y el apetito, la risa y el llanto han confundido de tal modo sus diversas marcas y cifras, que no se sabe a cuál de estos dueños pertenece. La nariz es de éstas que llaman socráticas, la boca no pequeña, los ojos tirando a grandes, el conjunto de las facciones poco limpio, revelando escasas comodidades domésticas y ausencia completa de platos y manteles para comer; las manos son duras y ásperas como piedra. Ostenta chaqueta rota y ventilada por mil partes, coturno sin suela, calzón a la borgoñona todo lleno de cuchilladas, y sobre la cabeza greñosa, morrión o cimera sin forma, que es el más lastimoso desperdicio de sombrero que ha visto en sus tenderetes el Rastro.

De aquellos incomprensibles bolsillos del chaquetón saca mi hombre, a una mano y otra, diversas cosas. Por este agujero aparece un pedazo de chocolate; por aquella hendidura asoma un puro de estanco; por el otro repliegue déjanse ver sucesivamente dos zoquetes de empedernido pan; de aquel jirón, que el héroe sacude, caen o llueven seis bellotas y algunos ochavos y cuartos; más abajo se descubre un papelillo de fósforos; por entre hilachas salen tres plumas de acero, un trozo de lápiz, higos pasados, un periódico doblado y con los dobleces rotos y ennegrecidos... Aparta con diligente mano aquellos objetos que hasta ahora no, se consideran digestivos, desenvuelve y tiende sobre el suelo el periódico a modo de mantel, y sobre él va poniendo los varios artículos de comer y fumar. Se coloca bien, echando una pierna a cada lado del papel, quita, pone, clasifica, ordena, se recrea en su banquete y lo despacha en dos credos.

No se meterá el historiador en la vida privada, inquiriendo y arrojando a la publicidad pormenores indiscretos. Si el héroe usa una de las plumas de acero, como tenedor, para pinchar un higo; si se lleva a la boca con gravedad el pedazo de pan, mordiendo en él con limpieza y buena crianza; si hay, en suma, en su alborozado espíritu un gracioso prurito de comer como los señores, ¿por qué se ha de perder el tiempo en tales niñerías? Más importante es que el historiador, con toda la tiesura, con toda la pompa intelectual que pide su oficio, se remonte ahora a los orígenes de

aquella propiedad y escudriñe de dónde proceden las bellotas, de dónde el fiero cigarrote, los higos, el pan y demás provisiones, con lo cual, si sale airoso de su empresa y lo descubre todito, se acreditará de sabio averiguante, que es lo mejor para tener crédito y laureles sin fin. Llevado de su noble anhelo, baraja papeles, abofetea libros, estropea códices destripa legajos, y al fin ofrece a la admiración de sus colegas los siguientes datos, preciosa conquista de la sabiduría española.

A 10 de Febrero de 1863, entre diez y once de la mañana, en la Ronda de Embajadores, fue mi hombre obsequiado con bellotas por una vendedora de aquel artículo, de otro que llaman cacahuete, de papelillos de fósforos y avellanas. Veintitrés mil razones se emplean para demostrar la probabilidad de que esta esplendidez fuera recompensa de uno o de varios servicios, quizás recados a la vecina, ir a comprar dos libras de jabón o traer un saco de ropa desde el lavadero de las Injurias. Y de igual modo aparecen sacadas de la oscuridad de los tiempos pretéritos la procedencia de las demás vituallas y del cigarro, si bien en esto último hay dos versiones, igualmente remachadas con poderosa lógica. ¿Se lo encontró en la calle? ¿Se lo dio Mateo del Olmo, sargento primero de artillería montada?... Basta. Esta sutil erudición no es para todos, por lo cual la suprimimos. Adelante.

Después de comer como los señores, piensa mi hombre que fumarle ricamente un puro es cosa también muy conforme con el señorío. ¡Lástima no tener fósforos de velita para echar al viento la llama y encender, a estilo de caballero, en el hueco de la mano! El héroe coge el cigarro, lo examina sonriendo, le da vueltas, observa la rígida consistencia de las venas de su capa, admira su dureza, el color verdoso de la retorcida yerba, toda llena de ráfagas negras y de costurones y cicatrices como piel de veterano. Parece, por partes, un pedazo de cobre oxidado, y por partes longaniza hecha con distintas sustancias y despojos vegetales. ¡Y cómo pesa! El héroe lo balancea en la mano. Es soberbia pieza de a tres... ¡Fuego!

Un papelillo entero de misto se consume en la empresa incendiaria; pero al fin el héroe tiene el gusto de ver quemada y humeante la cola del monstruo. Este se defiende con ferocidad de las quijadas, que remedan los fuelles de Vulcano. Lucha desesperada, horrible, titánica. El fuego, penetrando por los huecos de la apretada tripa, abre largas minas y galerías, por donde el aire se escapa con imponentes bufidos. Otras partes del monstruo, carbonizadas lentamente, se retuercen, se esparrancan, se dividen en cortecillas foliáceas. Durísima vena negra se defiende de la combustión y asoma fiera por entre tantas cenizas y lavas... Pero el intrépido fumador no se acobarda y sus quijadas sudan, pero no se rinden. ¡Plaf! Allá te va una nube parda, asfixiante, cargada de mortíferos gases. Al insecto que coge me le deja en el sitio. Síguele otra que el héroe

despide hacia el cielo como la humareda de un volcán; otra que manda con fuerza hacia el Este. El ocaso, el cierzo son infestados después. ¡Con qué viril orgullo mira el valiente las espirales que se retuercen en el aire limpio! Luego le cautiva y embelesa el fondo de país suburbano que se extiende ante su vista, el cual comprende el Hospital, la Estación, fábricas y talleres remotos y por fin los áridos oteros de los términos de Getafe y Leganés. No lejos de las últimas construcciones se nota algo que brilla a trechos entre los pelados chopos, como pedazos de un espejillo que se acaba de romper en las manos de cualquier ninfa ribereña. Es el río que debe su celebridad a su pequeñez, y su existencia a una lágrima que derramó sin duda San Isidro al saber que estos arenales iban a ser Corte y cabeza de las Españas. El héroe mira todo con alegría, y después escupe.

Contempla la mole del Hospital. ¡Vaya que es grandote! La Estación se ve como un gran juguete de trenes de los que hay en los bazares para uso de los niños ricos. Los polvorosos muelles parece que no tienen término. Las negras máquinas maniobran sin cesar, trayendo y llevando largos rosarios de coches verdes con números dorados. Sale un tren. ¿A dónde irá? Puede que a la Rusia o al mismo Santander... ¡Qué tié que ver esto con la estación de Villamojada! Allá va echando demonios por aquella encañada... Sin ponderancia, esto parece la gloria eterna. ¡Válgate Dios, Madrid! ¡Qué risa!... Al héroe lo entra una risa franca y ruidosa, y después vuelve a escupir.

¿Pues y la casona grande que está allí arriba con aquella rueda de colunas?... ¡Ah!, ya, ya lo sabe. Paquito el ciego se lo ha dicho. Ya se vadestruyendo. ¡Sabe más cosas...! En aquella casa se ponen los que cuentan las estrellas y desaminan el sol para saber esto de los días que corren y si hay truenos y agua por arriba... Paquito lo ha dicho también que tienen aquellos señores unas antiparras tan grandes como cañones, con las cuales... Otra salivita.

¿Pero qué pasa? ¿Los orbes se desquician y ruedan sin concierto? El Hospital empieza a tambalearse, y por fin da graciosas volteretas poniendo las tejas en el suelo y echando al aire los cimientos descalzos. La Estación y sus máquinas se echan a volar, y el río salpica sus charcos por el cielo. Este se cae como un telón al que se le rompen las cuerdas, y el Observatorio se le pone por montera a nuestro sabio fumador, que siente malestar indecible, dolor agudísimo en las sienes, náuseas, desvanecimiento, repugnancia... El monstruo, vencedor y no quemado por entero, cae de sus manos; quiere el otro dominarse, lucha con su mal, se levanta, da vueltas, cae atontado, pierde el color, el conocimiento, y rueda al fin como cuerpo muerto por rápida pendiente como de tres varas, hasta dar en un hoyo.

Silencio: nadie pasa... Transcurren segundos, minutos...

El doctor Centeno de Benito Pérez Galdós

Introducción a la Pedagogía: I - II - III - IV - V — **Pedagogía:** I - II
- III - IV - V - VI - VII - VIII - IX - X - XI - XII - XIII

Quiromancia: I - II - III - IV - V - VI - VII - VIII - IX - X

En aquella casa: I - II - III - IV - V - VI - VII - VIII - IX — **Principio
del fin:** I - II - III - IV - V - VI - VII

Fin: I - II - III - IV - V - VI - VII - VIII — **Fin del fin:** I - II - III
- IV - V - VI

Introducción a la Pedagogía : II

Alejandro Miquis estudiante de leyes, natural del Toboso, de veintiún años, y Juan Antonio de Cienfuegos, médico en ciernes, alavés, subían al filo de mediodía por las rampas del Observatorio. Eran dos guapos chicos, alegría de las aulas, ornamento de los cafés, esperanza de la ciencia, martirio de las patronas. Llevaban capa y sombrero de copa, aquellas culminantes chisteras de hace veinte años, que parecían aparatos de calefacción o salida de los humos de la cabeza. Todavía no se habían generalizado los hongos, y la severidad de continente, heredada de la generación anterior, imponía a todo madrileño fino el deber de añadir a su cabeza a todas horas, el inconcebible tubo de fieltro, al cual la época presente, por dicha nuestra, ha quitado importancia, reduciendo su tamaño y limitando su uso. Cienfuegos llevaba en la mano el número de la edición pequeña de La Iberia (fijarse bien en la fecha, que era por Febrero de 1863), y a ratos leía, a ratos peroraba. Miquis, con la capa terciada, el brazo enfático, la mano expresiva, tan pronto cantaba como tiraba al sable sin sable. Cienfuegos leyó en voz alta una frase parlamentaria; Miquis, sin oírle, dijo en tono de teatro aquellos afamados versos de Quevedo:

Faltar pudo su patria al grande Osuna,
pero no a su defensa sus hazañas...

Iba a seguir; pero, sorprendido, gritó:

«¡Un muerto!» -y fue corriendo hacia donde estaba el héroe.

-Quita, hombre, si es un chico... Duerme.

Ambos le tocaron con la punta del pie. Después Cienfuegos, arrodillándose, le observó de cerca. Le sacudieron, le incorporaron. Nada; como un saco.

«Parece desmayado... ¡Eh!, chico, despábilate. ¿Tienes hambre, frío?... A ver, Cienfuegos, mediquillo, lúcete. ¿Qué es esto?».

-¿Qué ha de ser? Borrachera... Es un pillete. Mira cómo abre los ojos... ¡Eh!, mequetrefe, ¿te estás burlando de nosotros? Si hubiera por ahí un jarro de agua se lo echaríamos por la cabeza... Eh, perdis, levántate.

-Hombre, no le pegues.

-Enséñale dos cuartos y verás como salta.

El héroe había abierto los ojos y les miraba... Pero como si la impresión de la luz renovara su mal, apretó los párpados, quedándose como muerto otra vez.

«¿Has bebido más de la cuenta? ¿Tienes frío? Si no respondes, te echamos a rodar por el cerrillo abajo».

Uno le cogió por los hombros, otro por los pies y le balancearon un rato. Se divertían de veras. Pusiéronle después en mejor sitio, y Miquis, con seriedad filantrópica, dijo a su compañero:

«Hay que ver lo que tiene. No seamos bárbaros. Si yo fuera médico... Porque se dan casos de muerte por hambre. ¿Qué se te ocurre, qué dices? Hombre, receta».

-Al momento. Pero para este mal, la botica es la panadería.

El héroe, sin abrir los ojos, empezó a temblar. ¡Pero qué temblor de agonía!

«Si lo que tiene es frío...».

-Puede ser. En tal caso no hay mejor boticario que un sastre.

Miquis se quitó al punto la capa. El otro, que le conocía bien, echose a reír.

«Bonita te la va a poner... Deja, hombre, deja. Ahora me acuerdo: tengo un gabán, que no me sirve, con más ventanas que la catedral de Toledo... Mequetrefe, despierta, abre los ojos, responde: ¿te pondrías tú mi gabán?».

Ni respuesta ni señales de haber oído dio el infeliz, que sólo parecía tener vida para sus violentos temblores. Miquis le echó encima su capa, y procuraba envolverle en ella, cosa no fácil estando el otro tendido en tierra. Fue preciso liarle dándole sucesivas vueltas sobre sí mismo. Cienfuegos se moría de risa viendo a su compañero en aquella faena, no menos humanitaria que cómica. En aquel punto y ocasión pasó un señor, hombre respetable por su edad y figura, alto, afable, y que en todo se revelaba como persona de esa clase intermedia en que suavemente se verifica la transición del estado humilde al acomodado. Iba decentemente vestido. Según se mirase a esta o la otra parte de su empaque, debía de variar la calificación que de él se hiciera, pues por el gabán correcto y cepillado parecía más, por la gorra de paño menos de lo que realmente era. Por su corbata de seda negra, traspasada con alfiler de cabecita de oro y menudas perlas, figuraba más; menos por el cesto de provisiones que colgado del brazo llevaba. Los que no le conociesen como conserje del Observatorio, creeríanle algo a manera de caballero sirviente. Parose a ver la curiosa escena y a dar un palmetazo en el hombro de Cienfuegos, el cual se volvió y dijo con énfasis el nombre de aquel sujeto, cortándolo con la cadencia y número de un endecasílabo:

«Don Floren...cio Mora...les y Temprado».

-Se saluda a la pareja... ¿Vienen ustedes a tomar café con el señor de Ruiz? Estará haciendo la observación de las doce... Pasen ustedes... ¿Y qué es esto? Ya; un borrachillo. Se ven por aquí unos apuntes... El señor director trabaja para que el ministro nos mande cerrar estos terrenos a ver si nos vemos libres de la gentuza que viene aquí a tomar el sol... o a tomar la luna; que de todo hay... ¡Oh!, Miquis, le ha puesto usted su capa. Vaya que usted...

-Lo que tiene este caballero es hambre.

-Pues por un pedazo de pan no ha de quedar.

-Allá iremos todos, Sr. de Morales y Temprado, -dijo Miquis, mientras el buen señor seguía con paso lento hacia su domicilio.

El héroe empezó a dar señales de vida. Agasajábase poco a poco en la pañosa, cogiendo por aquí un pliegue, por allí otro, y manifestando gran confortamiento y gozo con aquel inesperado abrigo.

«Como me la rompas... -le dijo Miquis amenazándole-. Vamos a cuentas. ¿Te tomarías tú un café?».

No parecía sino que estas palabras tenían la preciosa virtud de resucitar a los muertos, según se despabiló nuestro hombre.

«No le digas tal cosa, porque pega un brinco y te rompe la capa».

-«¿Te comerías tú una chuleta?».

El muchacho miraba con espanto a su favorecedor. Estaba atónito de puro incrédulo. Sin dada le parecía burla lo que oía.

«Si es idiota... ¿pero no lo ves?».

-Dime, ¿eres idiota?

El otro contestó con la cabeza negativamente. La energía de su muda réplica quitaba toda duda.

«No, tú no eres memo; pero eres un grandísimo pillo».

Otra negativa del héroe, pero tan enérgica, que a poco más se le cae la cabeza de los hombros.

«Ya... lo que sí no tiene duda es que eres mudo».

El héroe sonrió un poco, y con trémula pero muy clara voz, dijo así:

«No hombre, que sé hablar».

Desde la puerta del Observatorio viejo, otro, joven, bastante menos joven que Miquis y Cienfuegos, dio dos o tres gritos de esta manera:

«¡Eh, perdidos! ¡Juan Antonio!... caballeros, ¡que estoy aquí!».

Cienfuegos corrió hacia arriba, y cuando estuvo junto a Ruiz, que así se llamaba el auxiliar de astrónomo, el primer saludo fue:

«Mira ese tonto de Miquis».

-¿Qué hace? ¿Con quién habla?

-Pero ¿has visto qué célebre...?

-¿Quién está ahí en el suelo?... ¿Una chica?

-Un gándul que hemos encontrado como muerto. Le ha dado su capa.

-¡Alejandro!... ¡Otro como este...!

Miquis subía paso a paso, frotándose las manos. Con zumba y chacota le acogieron sus dos amigos.

-Tú no aprendes nunca, -le dijo el registrador del firmamento-. Dale bola... que te vas a quedar sin capa... Y van dos.

-No lo creas. Es una persona honrada.

Ruiz se partía de risa.

«Este pobre Miquis es de lo más inocente...».

Los tres fueron hacia el Observatorio nuevo, donde está la gran ecuatorial y las habitaciones de los astrónomos. Entraron; pero al poco tiempo salió Alejandro y bajó hacia donde había dejado su capa. Conviene decir que el llamado héroe se hallaba muy bien dentro de su inesperado sayo, y empezaba a mirarlo como cosa propia. Poquito a poquito se fue acomodando en la sabrosa amplitud pegadiza del paño, y al fin como quien no hace nada, se embozó hasta los ojos. ¡Qué le gustaba aquello, y qué bien comprendía la felicidad de los escogidos mortales que poseen una capa! En la vida había probado él las delicias de prenda tan gustosa. Así, cuando se vio solo, aliviado del respeto que le imponía su favorecedor, se familiarizó más con la hermosa tela, y se envolvió mejor, y la apretó contra sí. Lentamente se desvanecía aquel horrible malestar que le había privado del conocimiento; pero el maldito frío no se le quitaba. Sus fuerzas eran escasas, y cuando probó a ponerse en pie tuvo que dejarse caer otra vez, porque las piernas no querían sostenerle. Como sabandija herida, se fue arrastrando hasta un lugar más seco y abrigado. Buscando apoyo en el tronco de un árbol, se sentó en cuclillas, se colgó la capa sobre la cabeza y se tapó con ella todo, no dejando abierto más que un triángulo, por el cual le asomaban solamente ojos y nariz.

Era tan estrafalaria figura, que sería preciso buscarle semejante en las momias egipcias o en salvajes y feos ídolos africanos. Como había cambiado de sitio, Miquis no le encontró al tornar a la rampa. «¡Ah!, pillo» -murmuraba, volviendo a un lado y otro los ojos, hasta que llegó hasta él la voz débil del héroe con estas palabras:

«Señor... que no me he ido... que estoy aquí».

«Pues te vas haciendo confianzudo... ¡Qué fresco!... -le dijo el estudiante de leyes, sentándose frente a él-. Si creerás que te voy a dar la capa... No seas tonto, tápate, tápate más. Eso se llama cogerlo con gana. No, no te entrarán moscas».

«Señor, tengo mucho frío... Luego se la daré».

-Me gusta la franqueza... Parece que no eres corto de genio.

El otro se reía dando diente con diente. El frío y cierto gozo que cosquilleaba en su espíritu, se expresaban juntamente en un solo fenómeno.

«Vamos a ver. Has de responderme sin mentira... porque tú eres muy mentiroso... ¿Cómo te llamas?».

-Celipe.

-¿Y que más?

-Celipe Centeno.

-¿De donde eres?

-De Socartes.

-¿Y donde está eso?

-Al lado de Villamojada... ya lo sabrá usted; donde están las minas...

-Pero ¿qué minas, hombre, qué minas?

-Las minas de Socartes... Aquí está el río, aquí Villamojada, aquí mis minas...

-Enterados... ¿Y tienes padre y madre?

-Sí señor. Pero como no querían que yo desaprendiese... me tomé la carretera y me vine acá.

-Anda, pillete... A buena cosa habrás venido tú... Con que a desaprender... ¿En qué has venido?, ¿en tren, en carromato...?

-Re-córch... A patita limpia, señor... Siete desemanas y dos días.

-¿Y qué haces aquí? Pedir limosna, vagabundear, merodear...

El héroe no entendía esta última palabra; que si la entendiera habría, protestado severamente. Tan sólo dijo:

«Busco un desacomodo».

No hay medio de averiguar de dónde había sacado el entendimiento de mi hombre aquel barbarismo de anteponer a ciertas palabras la sílaba des. Sin duda creía que con ello ganaban en finura y expresión y que se acreditaba de esmerado pronunciadore de vocablos.

«¿Buscas un des...? ¿Qué dices, muchacho?».

-Digo que estoy buscando... de ver cómo encuentro... de que poniéndome a servir a un señor, me deje tiempo para destruirme...

-Hombre, sí, destrúyete, porque eres el bárbaro mayor que he visto... Pero explícame, ¿cómo te las arreglas?, ¿cómo y dónde vives?, ¿quién te mantiene?

El héroe dio un gran suspiro, un suspirote que no cabía dentro de la rotonda del Observatorio.

«Una noche dormí en aquella casa».

Señalaba al Museo.

«¿En el Museo?... ¿dentro?».

-No señor. ¿Ha visto usted unos ujeros que hay por desalante, donde están unas figuras muy guapas?... Pues allí. Otra noche dormí en la puerta, de esa fráica...

-¿Qué?

-De esa fráica que hay allá... donde hacen el desalumbrado de las calles.

-El gas... ¿Y cómo hiciste el viaje?... ¿pidiendo limosna?

-¡Re-có...!, ¿no le digo?... Pues yo traía dinero... Cuando llegué a este pueblo no me quedaba nada... El primer día me dieron medio pan... Yo gano también haciendo recados a las lavanderas, y en la estación un señor me dio a llevar el desequipaje...

-¿Y qué enfermedad tienes?... ¿Por qué estabas desmayado?

-Porque me fumé un cigarro que me dio ayer Mateo del Olmo, sargento de la desartillería. Es de mi pueblo, trabajó en mis minas, y fue novio de mi hermana Pepina... Desencendí mi cigarro, y cuando tan siquiera di seis chupadas, todo me daba vueltas.

-¿Y dónde vives ahora?

-En un tejlar que hay allá abajo... ¿Ve usted aquella chimenea grande, grande? ¿Ve usted aquella pared blanca, muy blanca? Tiene unas letras que dicen: Calenturón.

-¿Cómo?

-Calenturón. Allí al lado, en un cobertizo, vivimos muchos pobres. Nos da de comer la mujer del guarda del almacén.

-¿De qué almacén?

-Del almacén de Calenturón.

-¿Qué es eso?

-Venden cal-en-terron.

-¿Sabes leer?

-Cuando estuve en casa de la tía Soplada... Me tomó de criado para que le hiciera recados. Tiene puesto de ropas desusadas en el Rastro. No me daba salario, sino la comida, y me puso en la escuela de la calle del Peñón. Estuve un mes y días. Desaprendí las letras, pegué al Cartón, y cuando iba a entrarle al Juanito, me salí de casa de la Soplada, porque tiene un hijo muy malo, que me zurraba. No he vuelto a la escuela; pero me leo todos los letreros de las tiendas, y cuando cojo en la calle un pedazo de Correspondencia, me lo paso todo.

-Bien, hombre, bien. Casi, casi eres un sabio.

-¿Quiere tomarme por criado? -dijo el rapaz prontamente.

-Yo no necesito criado.

-Sí, señor: tómeme, tómeme.

-Por de pronto, vete desprendiendo de la capa, que ya noto su falta, y todos somos de carne y hueso.

Como el caracol se asoma tímidamente al boquete de su choza calcárea, y luego poco a poco, halagado del sol, va saliendo y alargándose, así Felipe iba sacando, por sucesivos avances, primero una mano, luego el cuello, los brazos, y al fin medio cuerpo. Probó a levantarse; pero el mareo y lo mucho que había hablado, le tenían muy débil.

-¿Qué has comido hoy?

-Bellotas...

-¿Y ayer?

-Bellotas... pan...

-No sigas, hombre. Me da dolor de estómago oírte. ¿Comerías tú alguna cosita caliente?

Echando el alma por los ojos, contestó Felipe mejor que lo habría hecho con palabras.

«Ven conmigo. A ver si echas una carrera de aquí a aquella casa grande».

-Sí que podré, -repitió el héroe, midiendo con ansiosas miradas la distancia.

-Allí hay convitazo... ¿Viste aquel buen señor que pasó por aquí? Es el conserje. Celebra los días de su esposa. Le voy a decir que te convide. Verás. Anda, valiente... No, no te quites la capa. Embózate en ella... Vamos, hombre, con gracia, con aire.

El otro se reía, probando a embozarse y sin poderlo conseguir.

«Así, bien, así... a la macarena. Eres un zascandil... Me gusta ese garbo. Adelante, paso firme. Bien».

La risa que le entró al héroe impedíale andar, pues tan extremada era su debilidad.

«¡Cómo se ríe!... Vaya, que es usted tonto de veras, señor de Centeno».

Él, que se oyó llamar señor, tuvo una tan fuerte acometida de hilaridad, que se cayó al suelo, temblando de brazos y piernas como un epiléptico.

«¡Ay mi capa, ay mi capita de mi alma!».

-No, señor, no... no se la destropeo, -dijo ahogadísimo Felipe, poniéndose primero de rodillas, luego a cuatro pies, y por último...

¡Aupa, hombre valiente! Ya estás en pie. ¡Gracias a Dios! Ni que fueras de algodón... Pues tú puedes andar. ¡Ah, chiquilicuatro!, lo que tú tienes es mucha marrullería.

-¿Yo?...

-Hipócrita.

Felipe no entendía; mas creyendo era cosa de gracia, siguió riendo. Miquis le daba empujones y pellizcos, le tiraba de un brazo...

«Que me hace cosquillas, señor».

-¡Pillo, granuja!

-¡Ay, ay!

-Si usted sigue con sus bromas, señor don Felipe, le doy a usted una puntera que, del salto, va usted a su pueblo, allí donde están sus minas.

Llegaron así a la puerta del Observatorio nuevo.

«Entra, hombre... No gastes cumplidos».

Es circular aquel vestíbulo, y con cierto aderezo arquitectónico a la griega. En el centro, cual decorativa estatua representando la vigilancia a la entrada del palacio del estudio, estaba don Florencio Mora...les y Temprado. No pudo contener una observación bondadosa, que salió de sus respetables labios en esta forma:

«Tan chiquillo es el uno como el otro».

-Sr. Morales, me tomo la libertad de...

-Es usted muy dueño, Sr. de Miquis, -dijo el bendito Morales, ocultando discretamente un bostezo de hambre tras la palma de la mano...

-De recomendarle a usted al Sr. de Centeno que no ha comido hoy nada caliente. Puesto que tiene usted convidados...

-Es verdad... y si usted gusta de honrarnos, Sr. de Miquis...

-Gracias... Yo voy arriba. Ruiz nos va a leer una comedia. Con que...

-Queda de mi cuenta... -dijo Morales disimulando otro bostezo-. Y la hora de comer se alarga... Entre paréntesis, amigo, como hoy tenemos algo extraordinario... ¡Qué tareas en esa cocina!...

De las cuatro puertas pequeñas que hay en el vestíbulo, una de las de la izquierda, entrando por el Mediodía, conducía a las habitaciones particulares de D. Florencio. Por allí entraron este y Felipe, mientras Alejandro Miquis subía solo por la escalera de la izquierda en busca de sus amigos que en lo más alto del edificio estaban.

«Ea, siéntate aquí, -dijo a Felipe, señalándole un banquillo, aquel buen sujeto, a quien el héroe conceptuaba dueño y manipulador de cuanto existía en aquellos edificios para andar en tratos con la luna y las estrellas-. Suelta la capa, que se la vas a poner perdida a D. Alejandro. Aquí no hace frío. ¿Qué tenías?».

Y sin esperar respuesta, luego que puso la capa bien doblada sobre una silla, empezó a pasearse por la habitación, golpeando duramente con uno y otro pie sobre la estera. Una voz de mujer dijo desde la estancia interna que con aquella se comunicaba:

«Florencio, ¿todavía no se te han calentado los pies?».

-Todavía... Vamos, vamos, prisita, prisita... ¡Qué horas de comer!...

El doctor Centeno de Benito Pérez Galdós

Introducción a la Pedagogía: I - II - III - IV - V — **Pedagogía:** I - II
- III - IV - V - VI - VII - VIII - IX - X - XI - XII - XIII

Quiromancia: I - II - III - IV - V - VI - VII - VIII - IX - X

En aquella casa: I - II - III - IV - V - VI - VII - VIII - IX — **Principio del fin:** I - II - III - IV - V - VI - VII

Fin: I - II - III - IV - V - VI - VII - VIII — **Fin del fin:** I - II - III
- IV - V - VI

Introducción a la Pedagogía : III

Desde el ángulo en que Felipín estaba, quietecito, cohibido, con los pies colgando del alto banco y la gorra en la mano, no se veía sino un extremo de la pieza inmediata, que debía ser como salón o estancia principal del domicilio Florentino. Allí estaban reunidos los convidados, esperando el momento. Se oía grande y gozosa algazara: voces de muchachas, ruido de platos, risas de niños. Felipe veía una de las cabeceras de la mesa, y deliciosos olores de cocina le anunciaban lo que iba a pasar. El observaba todo, callado y circunspecto. Nada perdía su activa perspicacia; nada se escapaba a aquel su instintivo examen de las cosas. De todo, imágenes y olores, iba tomando acta, así como de la figura grande y paternal de D.

Florencio, comedido, solemne; de aquellas cejas negras y espesas que parecían dos tiras de terciopelo; de aquel bigote blanquecino, recortado y punzante como los pelos de un cepillo; de la gorra de seda que usaba para dentro de casa; de sus botas tan relucientes como grandes, de la exactitud de su andar y ademanes que le daba cierto parentesco con los péndulos de la casa. Tampoco perdía Felipe detalle alguno de los preparativos, aun sin verlos. Seguía los con atención discreta, paso a paso, en su rápido progresar, y decía para sí: «ya ponen las sillas, ya traen la sopa, ya se sientan, ya echan agua en las copas, ya empiezan».

D. Florencio vio con marcada satisfacción que la comida empezaba, y dio su último paseo. Su mujer salió a recibirle.

«Todavía el izquierdo está como hielo, -dijo él dando una gran patada con la aludida extremidad-. ¿Vamos a la mesa? Gracias a Dios. Ya era hora».

Felipe notó entonces aumento y difusión de aquellos diversos vapores de comida. Tan pronto olía a cosas fritas, tan pronto a guisados, todo succulentísimo, delicado y confortativo. Él miraba, afectando cierta indiferencia mezclada de compostura, con disimulos muy trabajosos de su verdadero anhelo; y veía que D. Florencio, sentado en la cabecera de la mesa, que justamente caía delante de la puerta, le vigilaba desde su asiento. A los otros comensales no les veía Felipe; pero les oía, y podía distinguir, por el metal de cada voz, las varias personas que estaban en la mesa. El habla de la señora con ninguna otra podía confundirse; había dos voces que parecían de señorita fina, dos o tres de niño, y a todas las dominaba una varonil, sonora, grave, al mismo tiempo decidora y chispeante, pues no pronunciaba palabra alguna que no fuera seguida de generales risas y alabanzas.

Lelo, embobado, como esos músicos fanáticos que cuelgan su alma de un hilo de notas, oía Felipe aquel enorme concierto de voces, sorbos y risas, cucheretazos, cuchilladas sobre la loza, toqueteo de platos, esgrima de tenedores, chocar de copas, y esos chupetones de labios que son los besos de la gula. Todas las conversaciones giraban sobre lo que bebía o dejaba de beber el de la voz hermosa, que era el gracioso de la mesa y seguramente el convidado más atendido. Felipe oyó hablar de Jerez, de empanadas de anguilas, de capones cebados, de escabechadas truchas, con infinitos comentarios y opiniones sobre cada una de estas cosas. Así pasó tiempo, tiempo, un lapso indefinido, y por fin los párpados le temblaban, la vista se le iba de puro débil, la piel se le enfriaba, las cavidades de su cuerpo parecían comprimirse y arrugarse, cual odres que nunca más se habían de volver a llenar. ¡Cansancio infinito! Eran ya para él como un peso inútil sus propias miradas, y no sabiendo a dónde arrojarlas, las echó sobre una estampa de Cristo crucificado que delante de él estaba en la pared. Miró

los chorros de sangre que al Señor le corrían por el santo cuerpo abajo, y la ferocidad del judiote que le daba el lanzazo, y las tinieblas y flamígeros celajes del fondo, todo lo cual puso espanto en su sensible corazón, llevándole hasta el absurdo convencimiento de que él (Felipito) era tan digno de lástima como nuestro, Redentor.

¡Súbito cambio en su situación! ¡En la mesa hablaban de él! Lo observó sin saber cómo, por la vibración de una palabra en el aire, por milagrosa adivinación de su amor propio. Estremeciose todo al ver que el señor de Morales, desde su asiento presidencial, lo miraba de una manera afectuosa. Después... ¡visión celeste! En el luminoso cuadro que la puerta formaba, apareció, saliendo de uno de los lados, una cara de mujer que más bien parecía de serafín. Era que una de las señoritas sentadas a la mesa alargaba el cuello y se inclinaba para poderle ver. El murmullo de compasión que del aposento venía, embriagó el espíritu del héroe, y hasta se turbó su cerebro como al influjo de fuerte y desusado aroma. No sabía cómo ponerse ni para dónde mirar. Si miraba al comedor creerían que pedía; si no miraba, lo olvidarían otra vez... Cortó estas angustiosas dudas un niño gracioso y rubio que apareció... casi puede decirse que entre nubes, desnudillo y con rosadas alas... Apareció, como digo, el niño con un plato en la mano, y se lo puso delante diciéndole: «Pa ti».

Y el plato ¡ay!, contenía diversos manjares, bonitos, gustosos, calientes. Decir que el héroe hizo ceremonias o melindres para empezar a consumir el contenido del plato, sería contar patrañas. Se le alegró el alma de tal modo, que no sabía por donde empezar, y esto le parecía bien, aquello mejor y todo venido del cielo. Absorbido como estaba su ser enteramente por tan principal función, aun podía distraer el sentido de la vista para echar una mirada al Santísimo Crucifijo, fue ya, sin saber cómo, tenía rostro de contento. Era más bien el Señor Resucitado que volaba hacia el Cielo, rodeado de gloria. Lo más gracioso era que seguían aún hablando de él en la mesa. Quizás decían alguna broma inconveniente, quizás le comparaban a los gatos, cuando cogen un bocado sabroso y se van a un rincón a comérselo. En efecto... maquinalmente se había vuelto Felipe de cara hacia la pared, con el plato en las rodillas, y así despachaba su regalo. ¡Vaya unas cosas ricas!, ¡qué gran persona era D. Florencio! ¡Y el señor de la voz hermosa, qué gracioso!... Pues aquellas tajadas parecían gloria o pedazos desprendidos de la bienaventuranza eterna. Sin duda eran de la misma carne de las mejillas de la niña bonita que alargaba el cuello para mirarle desde su asiento... ¡Buen queso, bueno! No había niña mejor que aquella doña tal. ¡Y el niño, qué bonito, y las aceitunas, qué sabrosas...! Desde el rincón, miraba él por el rabillo del ojo hacia la puerta sin atreverse a arrostrar la curiosidad de los comensales. Se reían, y la niña bonita se había levantado para verle mejor.

Por fin el plato se quedó vacío, y el mismo niño rubio le trajo pasas, almendras y una golosina amarilla, redonda, lustrosa como cristal, por de fuera dura y quebradiza como caramelo, por dentro blanda y más dulce y rica que todas las mieles posibles... Los de la mesa dejaron de fijar su atención en el héroe. Allí no se pensaba ya más que en beber. El de la voz hermosa debía de ser una humana bodega, según lo que podía almacenar dentro de su cuerpo; las niñas hacían melindres, el otro las llamaba cobardes y ñoñas. Risas y más risas, apremios, protestas, carcajadas, mucho de no por Dios; repetición incesante del vamos, Amparo, esta copita; luego otra voz ay, no, no, D. Pedro, por Díos. Y después, Jesús, qué melindrosa... Pero usted me quiere emborrachar... vamos... así, valiente... ¡Ay cómo pica!

D. Florencio, como fanático por las aguas de Madrid, apenas probaba el Valdepeñas. El héroe le oyó abominar con sesudas razones del ardiente Jerez, y sobre todo, de los vinos compuestos, licores y demás brebajes extranjeros.

«¿Te gustan los oscuritos y manchados o los rubios y flojos? -le oyó decir Felipe aludiendo sin duda a los cigarros, que mostraba en una envoltura de papel-. Son de estanco, pero bien escogiditos».

-A ver este, qué le parece a usted, -dijo el otro sacando un manojito de brevas negras y olorosas.

-Hombre, eso es más fuerte que la pez. Yo, no salgo de mis coraceros. Gracias...

Restallaron las cerillas... Humo.

Y al poco rato vio Centeno asomar por la puerta un señor no muy alto, doblado y potente, todo vestido de negro. El rostro hacía juego con el traje, pues era muy moreno. Bien afeitada la barba, los cañones negros sobre la cárdena piel, cruelmente tundida por la navaja, dábanle como aspecto de figura de bronce. Traía en la boca un desmedido puro, del cual debía de sacar mucho gusto, según la fe con que lo chupaba.

Bastaba mirarle una vez para ver cómo salía a la superficie de aquella constitución sanguínea, la conciencia fisiológica, el yo animal, que en aquel caso estaba recogido en sí mismo con indolencia, meditando en los términos de una digestión satisfactoria. Paso a paso llegó hasta el héroe, y le miró de pies a cabeza sin decir nada. Felipe, sobrecogido de respeto, que casi rayaba en terror, se puso en pie y esperó... ¡Qué ojos los de aquel hombre!

El doctor Centeno de Benito Pérez Galdós

Introducción a la Pedagogía: I - II - III - IV - V — **Pedagogía:** I - II
- III - IV - V - VI - VII - VIII - IX - X - XI - XII - XIII

Quiromancia: I - II - III - IV - V - VI - VII - VIII - IX - X

En aquella casa: I - II - III - IV - V - VI - VII - VIII - IX — **Principio
del fin:** I - II - III - IV - V - VI - VII

Fin: I - II - III - IV - V - VI - VII - VIII — **Fin del fin:** I - II - III
- IV - V - VI

Introducción a la Pedagogía : IV

Aquella casa de recogimiento y estudio, aquel monasterio de la ciencia se parece a una casa de la vecindad de las más vulgares. Los que allí entran con el espíritu abrasado en esa fe de la Ciencia, que escala real y verdaderamente los cielos, creen percibir ecos misteriosos de las altas armonías sidéreas. (Es que la poesía se mete en todas partes, aun donde parece que no la llaman, y así, cuando se cree encontrarla en los arroyuelos, aparece en las matemáticas. ¡Cuántas veces, en un bosque de versos, no se encuentran ni rastros de ella, y se la ve callada, discreta, vestida con túnica de verdad, en la zarza luminosa de una fórmula, enteramente contraria a las formas del Arte!...) Pero los que entran en aquel recinto como se entra en la oficina del Estado donde se hace el Almanaque, no oyen cosa alguna, como no sea la voz casi sublime de don Florencio Mora...les y Temprado, ni ven más que la arquitectura pobre y sin majestad, las dos escaleras, en cuyos descansos se abren las puertas de las habitaciones de los astrónomos, los farolillos de aceite destinados al alumbrado nocturno, verdes, con una montera corva que parece morrión de coracero.

Concluida la observación, Ruiz echó la llave a la sala de la ecuatorial y bajó a su habitación. Miquis y Cienfuegos le oyeron leer su comedia,

y la encontraron muy buena, como pasa siempre en estas lecturas de familia. Parecerá extraño que un astrónomo haga comedias; pero ya se sabe que aquí servimos para todo. ¿No fue director del Observatorio un célebre poeta? Anda con Dios, que por algo son hermanas las Musas. Ruiz tenía imaginación, y volvía sus ojos, cansados de escudriñar el Cielo, hacia el aparatoso arte del teatro, único que da fama y provecho. Creía él que se puede sobresalir igualmente en labores tan distintas; su espíritu fluctuaba entre el Arte y la Ciencia, víctima de esa perplejidad puramente española, cuyo origen hay que buscar en las condiciones indecisas de nuestro organismo social, que es un organismo vacilante y como interino. El escaso sueldo, la inseguridad, el poco estímulo, entibiaban el ardor científico de Federico Ruiz. ¿Para qué se metía a descubrir asteroides, si nadie se lo había de agradecer como no fuera el asteroide mismo?... España es un país de romance. Todo sale conforme a la savia versificante que corre por las venas del cuerpo social. Se pone un hombre a cualquier trabajo duro y prosaico, y sin saber cómo, le sale una comedia.

Después que Federico Ruiz leyó la suya, empezaron las disputas. Los tres se habían creído indignos de tener opinión, si no la manifestaran bien adornada de manotadas, aspavientos y porrazos sobre la mesa. Las ideas democráticas, que aún no habían perdido la timidez de la virginidad, el viejo romanticismo, la música clásica, recién venida, gemían en el yunque de aquella disputa, y la sintaxis lloraba lágrimas de solecismos al verse en tales trotes. La lógica, descoyuntada en potro, daba chillidos de sofismas y se vengaba de sus verdugos, aparentando probar las cosas más absurdas, y por último los conceptos convencionales, disfrazados de axiomas, salían por encima de todo, soberbios o insolentes, embozados en la mala fe. Pasó mucho tiempo en estas controversias ociosas, que eran como la esgrima de los entendimientos, ávidos de ensayarse para el presagiado combate. Hubo mucho de pues yo sostengo que hoy por hoy... y aquello de dígame lo que se quiera, la verdad es... Oyóse más de una vez el porque yo soy muy lógico... y no faltó el yo tengo muy estudiada esa cuestión...

Los instantes volaban. Los minutos corrían con cierta familiaridad juguetona, que no está fuera de lugar en la casa del tiempo. De pronto vieron los disputadores que entraba en la habitación D. Florencio, con una bandeja de dulces, copas y una botella. Recibiéronle con alegría, y él, gozoso y lleno de bondad, les dijo al ver su sorpresa:

«Pues qué, señores, ¿no sabían que hoy, 11 de Febrero, celebro los días de mi mujer, que se llama Saturna?».

-¡Qué gracioso...! -observó Miquis-. Por el nombre de su señora de usted, parece que es esposa de un astro.

-Se llama Saturnina, Sr. de Miquis.

-Por muchos años...

No estuvieron reacios los tres amigos en la aceptación del obsequio. D. Florencio, escanciando el Jerez, habló un poco de asuntos de la casa... El señor director volvería pronto de Alemania... Se iban a emprender algunas obras en la meridiana y en la biblioteca... Había llegado un gran cajón con el nuevo barométrógrafo encargado a Londres... Luego, volviéndose a Miquis, le dijo:

«¡Cuánto nos hemos reído con su amigo!».

-¿Qué amigo?

-El de la capa, ese infeliz... Le hemos dado de comer, y nos ha contado su historia... ¡Cómo se han reído las chicas!... ¡A Perico le ha caído tan en gracia...! Le hemos hecho mil preguntas. Dice que ha venido de su pueblo a patita para meterse de médico. ¡No, no reírse, señores! Hay casos, hay casos. Yo soy viejo y he conocido a D. Lorenzo Arrazola, empollando las lecciones, de noche, a la luz de los portales de las casas... Este apenas sabe leer; pero tiene una viveza... Dice que estaba en unas minas, que es de la familia de las piedras, y que a él se le ha puesto en la cabeza curar. Todo su empeño es que le tomen de criado, y que le dejen aprender. ¡A mi primo le ha entrado por el ojo derecho...! Entre paréntesis, creo que conocen ustedes a D. Pedro Polo y Cortés, capellán de las monjas de San Fernando. Pero no sabrán que tiene una escuela muy bien montada en el hermoso local que le han cedido las señoras a espaldas del convento.

-Le conozco, dijo Miquis con malicia-. Es un cura muy guapetón. Le he visto muchas noches por esas calles embozado en su capa...

-Alto allá, niño. No haga usted suposiciones injuriosas...

-Le he visto en el café...

-Alto...

-Pero, D. Florencio, ¿esto es suponer mal? Esto significa que el padre Polo no es hipócrita.

-Como simpático, -dijo Cienfuegos usando un giro popular-, lo es.

-Hombre que no gasta remilgos; pero que sabe su obligación de sacerdote como pocos... Yo lo puedo asegurar así a los señores que me escuchan, -dijo con voz altisonante D. Florencio, que admiraba mucho a Olózaga y tenía de cuando en cuando sus dejos y sonsonetes oratorios-. Es Pedro de la mejor

pasta de hombres que conozco. Nada de hipocresías; no es él de esos que dicen una cosa y hacen otra. Lleva el corazón en la mano, y todo cuanto tiene es para los necesitados. Hay quien le critica porque gusta de vestir bien de paisano. ¿Y qué, señores? Para ser bueno, ¿es preciso andar cubierto de andrajos? Muchos conozco, señores, que andan por ahí como anacoretas, y luego en el hogar doméstico... me callo.

-He oído que el padre Polo es furibundo gastrónomo...

-Alto ahí... Sobre eso también hay pareceres, -añadió Morales tomando asiento-. ¿Que le gusta comer bien en días señalados? Y entre paréntesis, señores, mi mujer nos ha dado hoy una comida... francamente, creo que ni en Palacio. Volviendo al punto que se debate, diré que sí, ciertamente, a Perico le gustan los buenos platos... Y entre paréntesis, ¿saben ustedes que poquito a poco se ha ido haciendo predicador, y es hoy uno de los mejores que tiene Madrid? Yo soy viejo, he oído muchos oradores en las Cortes, en la Cátedra del Espíritu Santo, y cábeme la satisfacción...

-Muy bien, -clamaron los tres aplaudiendo-. Cábeme la satisfacción...

-No se corte usted a lo mejor... Adelante.

-Entre paréntesis, -dijo Cienfuegos con viveza-. También ha tenido usted hoy a su mesa dos chicas preciosas.

-Son hijas de un pariente, el conserje de la Escuela de Farmacia; Amparo y Refugio, dos ángeles, Sr. de Cienfuegos; trabajadorcitas, modestas. ¡Cómo se han reído con las cosas de Pedro! Porque Pedro es hombre de mucha sal... ¡Y qué corazón, señores! Un ejemplo: vio a ese chico, le encontró simpático y listo. A todos nos daba mucha lástima. Al instante Pedro se volvió a mí y me dijo: «Don Florencio, este es un hombre: le tomo por mi cuenta». Y yo le dije: «Llévale de criado y enséñale en tu escuela...». Entre paréntesis, señores, los hombres que, como Pedro Polo, se lo deben todo a sí mismos; los hombres que han trabajado para subir desde la nada de su origen al todo de su posición actual, los hombres, en una palabra...

Esta era ya demasiada oratoria para don Florencio. La plétora de sus ideas le congestionó y no pudo concluir bien aquel brillante rosario de conceptos,

«Quiero decir, -prosiguió-, que estos hombres son los que mejor pueden apreciar el mérito y las disposiciones... Volviendo al importante asunto que nos ocupa, diré a los señores que me escuchan que Pedro va a ser nombrado capellán honorario de Su Majestad. Esto no es paja...».

-¿Qué ha de ser?... Pues no faltaba más...

-Pastor Díaz me le tuvo entre ceja y ceja para una canonjía. El padre Cirilo no le deja vivir... siempre con recaditos. Y no es porque el primo de mi mujer sea de los aduladores de Su Eminencia Ilustrísima. Al contrario, Pedro tiene pocos amigos entre la gente eclesiástica. Entre paréntesis, no falta quien le critica por su, por su, por su...

D. Florencio no encontraba la palabra; mas la suplía con un vivo ademán que quería decir algo como franqueza, aires distinguidos, soltura...

«Y finalmente, señores, yo soy tan religioso como el primero; pero no me gustan curas retrógrados, sino que vivan con el siglo...».

-¡Que se resbala, D. Florencio!

Ruiz no podía contener la risa.

«¡Si es un progresistón como una casa!» -gritó Miquis, echando el brazo por los hombros al bendito conserje.

-Alto allá, señores, atención... -manifestó gallardamente-. Vamos por partes...

-Está suscrito a Las Novedades y a La Iberia, y es el gran amigote de Calvo Asensio.

-Alto, alto... Orden, señores, orden. Respétese el sagrado de las opiniones. Que Calvo y yo nos tuteemos, sólo quiere decir que ambos somos de la Mota del Marqués, y que le conocí tamañito así.

-Vamos que este Sr. Morales y Temprado, bajo su capita de santo, -dijo Miquis-, es el revolucionario más atroz que hay en Madrid.

-Sr. de Miquis...

-Va disfrazado a la Tertulia progresista.

-Señores, si no tuviera el convencimiento, -declamó D. Florencio, levantándose un poquito enojado-, si no tuviera el convencimiento de que las palabras dichas por mi particular amigo el Sr. D. Alejandro Miquis...

Era orador sin pensarlo aquel buen señor. Con qué majestad prosiguió la cláusula, después de un pausa de efecto, diciendo:

«...son pura broma, creería que ya la juventud española había perdido el respeto a las canas».

-No, D. Florencio... ¡Viva D. Florencio!

-Por Dios...

-Aquí entre amigos...

De pie, con la botella vacía en la mano, libre la otra para describir lentos y pomposos círculos en el aire, la gorra un poco echada hacia atrás, el bigote más tieso y las mejillas un tanto encendidas, el insigne D. Florencio fue soltando de sus autorizados labios estas palabras, que ni de los de Solón salieran con más gravedad:

«Porque vamos a ver, señores; establezcamos bajo seguras bases esta cuestión. De que a uno le guste la libertad, no se deduce, no se puede deducir... de ningún modo se deduce...»

-Pero ¿qué es lo que no se deduce?... -preguntó Alejandro impaciente.

-No interrumpir. ¡Silencio en las tribunas!

-Entre paréntesis, señores, los que hemos andado a tiros con los montemolinistas en Zaldívar y Estella... Pero no, no quiero tocar esta cuestión personal. Mis méritos son escasos, y los dejo aparte. Resumiendo: yo he sido siempre un hombre de orden, muy español, muy enemigo de lo extranjero y de la tiranía; pero... Entre paréntesis, ahora me acuerdo de cuando el pobre Bartolo Gallardo me decía: «Mientras haya curas no nos curaremos». Éramos muy amigos. Tenía la cabeza del revés... Yo no fui ni soy de su parecer, y por eso digo: «Mucha libertad, mucha religión, para que el mundo ande derecho». De otro modo no es posible, no señor, lo sostengo... ¡Libertad, religión!... Y no me sacan de ahí. Olózaga, en las Constituyentes del 55, pensaba lo mismo. ¿Para qué sirve la libertad de cultos? Absolutamente para nada. Para que los demagogos, señores, insulten a los ministros del altar... Veo que se ríen. Bueno, ríanse todo lo que quieran. Ustedes son unos polluelos que no tienen mundo. Leen muchos libros, que yo no leo; pero no crean que por eso saben más. ¡El mundo, la experiencia, los años! Esos, esos, Sr. de Miquis, esos son mis libros. Cuando uno tiene la cabeza llena de canas puede reírse de las ilusiones y desvaríos de la juventud... Y veo que la juventud está hoy muy echada a perder. ¡Esas democracias extranjeras!... Si aquí tuviéramos juicio... Pero no, con eso de todo o nada nos están pervirtiendo... Yo conozco gente de Palacio que me ha asegurado que no hay tales obstáculos tradicionales... Aquí se habla más de la cuenta.

-Como que el mejor día me llaman al Duque.

-No digo yo que al Duque precisamente, -manifestó D. Florencio de una manera augusta-, pero...

-Más vale que no nos lo diga usted...

-Que lo diga...

D. Florencio dio algunos pasos hacia la puerta, y de improviso volvió acompañado de esta soberana idea:

«Yo digo que en la Europa hay tres hombres grandes, tres hombres de talento macho... y son: Napoleón III, el cardenal Antonelli y D. Salustiano de Olózaga».

Y sin esperar respuesta, cual hombre convencido de que no merecían escucharse los comentarios que se hicieran a su afirmación, dio otra vuelta a lo militar, y se fue diciendo:

«Señores, que haya salud, y que les aproveche».

Despareció. Los tres amigos tuvieron la consideración de esperar a que estuviera lejos para soltar la risa, y tras la risa las agudezas que a competencia descargaron sobre el bendito señor, hasta que le dejaron bien acribillado... Era un progresista platónico y vergonzante que se iba callandito a la Tertulia algunas noches, y desde el rincón donde se sentaba no perdía sílaba de los discursos. Pero sólo gustaba de aquellos que fuesen templados y juiciosos, y si le seducía la sencillez elegante y la diplomática malicia de Olózaga, o la pedestre claridad de Madoz, desde que algún orador fogoso se salía con embozadas invectivas o con palabritas y donaires contrarios a la religión, ya estaba mi hombre desasosegado y fuera de su centro. Se escabullía con disimulo, y abandonaba el local, diciendo para sí:

Estos señores matarán al partido con su imprudencia... La exageración es causa de todos los contratiempos del partido... Nada, no conocen que todo se puede conciliar, el triunfo del partido y la religión de nuestros mayores.

Su inteligencia, según decía Ruiz, era una petrificación, en la cual se veían hasta tres ideas perfectamente conservadas, duras o inmutables como las formas fósiles que un tiempo fueron seres vivos. No tenía vanidad sino para suponerse amigo de célebres personajes, y decía: «Cuando Fermín Caballero y yo nos conocimos en Barajas de Melo...» o bien: «D. Martín me contó tal o cual cosa...», «D. Antonio González me quiso llevar a Londres cuando fue a la embajada»...

Era hombre de gran sobriedad, enemigo de las bebidas espirituosas y aun de la horchata de cepas; muy inteligente en aguas; de estos catadores de manantiales que distinguen con admirable paladar el agua de la fuente del

Berro de la de Alcubilla, y encuentran diferencias notables entre la de la Encarnación y la del Retiro. Así, en días señalados, se le veía descender al Prado y tomar asiento en el banquillo de una aguadora, de quien era parroquiano, y allí hacerse servir un gran vaso de Cibeles o el Berro, el cual iba bebiendo a sorbos, paladeándolo y gustándolo con más chasqueteo de lengua que si fuera manzanilla de Sanlúcar o amontillado de treinta años. Su pericia en esta materia, con doctas aplicaciones a la Geografía, se mostraba siempre que en su presencia se hablaba de viajes por pueblos o ciudades famosas. Él ilustraba las discusiones diciendo: «¡Oh, Bustarviejo!... ¡pueblo de muy buenas aguas!» y otras veces su desdén de todo lo extranjero encontraba ocasión de enaltecer la patria de este modo: «¡Bah, París!... pueblo donde no se puede beber un triste vaso de agua...».

Desde su edición pequeña de Las Novedades observaba el movimiento político, sin comprender de él más que la superficie bullanguera y la palabrería rutinaria. A veces hallaba en su diario alguna cosa ininteligible, algo que era como los escalofríos y el amargor de boca del cuerpo social y síntoma de su escondida fiebre. Entonces se llevaba el dedo a la frente, afectaba penetración, y risueño, borracho de agua, decía a su consorte:

«Saturna: ¡qué cosas escriben estos haraganes para hacer reír a la gente!».

El doctor Centeno de Benito Pérez Galdós

Introducción a la Pedagogía: I - II - III - IV - V — **Pedagogía:** I - II
- III - IV - V - VI - VII - VIII - IX - X - XI - XII - XIII

Quiromancia: I - II - III - IV - V - VI - VII - VIII - IX - X

En aquella casa: I - II - III - IV - V - VI - VII - VIII - IX — **Principio del fin:** I - II - III - IV - V - VI - VII

Fin: I - II - III - IV - V - VI - VII - VIII — **Fin del fin:** I - II - III
- IV - V - VI

Introducción a la Pedagogía : V

Las cuatro serían cuando Miquis bajó y con él sus amigos. Ya no estaba su protegido en el lugar donde le había dejado, sino junto al pórtico norte del edificio, viendo cómo discurrían con algazara, por entre los setos de evónymus y aligustre, las dos niñas bonitas y el reverendo primo de la esposa de Morales. Esta y el propio Mora...les y Temprado gozaban de los últimos rayos del sol en la columnata del Observatorio viejo, dando palique a una señora mayor que les acompañaba. Dos niños jugaban en la explanada meridional, oprimiendo alternativamente los lomos de un caballo de palo.

«Mire, señor, -dijo Felipe a su protector, agarrándole de un faldón-; mire aquel caballero que allí está con esas señoritucas... Me va a desasnar».

-Buena falta tienes...

-Me toma de criado... tiene discuela... Mañana voy...

Ruiz y Cienfuegos se decían disimuladamente cosas picantes sobre las dos agradabilísimas niñas del conserje de la Escuela de Farmacia... Mas no se entienda que de esta murmuración saliese concepto alguno contrario a la buena fama de las tales, siendo todo referente a recuerdos de Ruiz, a la hermosura de ellas y al gusto que ambos tendrían en tratarlas con la mayor confianza. Cienfuegos las había visto en el paraíso del Real y casi había hablado algunas palabras con la menor, que era la menos bonita y tenía un defecto. Faltábale un diente. A la mayor se le podía decir, como a Dulcinea, alta de pechos y ademán brioso. Tenía lo que llaman ángel, expresión de dulzura y tristeza, y un hermosísimo pelo castaño, que podría figurar allá arriba, allá, en la constelación del León junto a la cabellera de Berenice.

¡Lástima grande que se notara en su cuerpo cierta tendencia a engrosar más de lo que pedían la justa proporción y repartimiento de las formas humanas! Era, no obstante, ágil y airosa. Pusiéranle túnica griega y bien podría pasar por Diana la cazadora, que, según dice Pausanias, era de formas redonditas, o por Cibeles, la que dio vida a tantísimos dioses. Luego, aquel cuello blanco, torneado...

¡Adiós!, desaparecieron las dos y D. Pedro tras aquellos arbolitos y ya no se les vio más. La tarde caía.

-«Vamos», -dijo Miquis, poniéndose su capa-, que le entregó Felipe.

Aún estuvieron mucho tiempo allí, porque D. Florencio pegó la hebra con Cienfuegos, y entre hablar de tal o cual cosa, y despedirse y volverse a despedir, y ofrecimiento por acá, congratulación por allá, se vino el crepúsculo encima quedamente. Fresquecillo picante convidaba a todos a marcharse. Ruiz se volvió a su casa. Cuando Cienfuegos y Miquis bajaban la cuesta, este se sintió detenido por una tímida fuerza que le atenazaba el borde de la capa; volvióse y vio al más humilde de los héroes, que con gran consternación le dijo:

«Señor, ¿se va sin decirme nada?».

-Es verdad: ¡ya no me acordaba de ti! Ven con nosotros.

Ligerísimo, expresando su afecto con saltos, como un perrillo, emprendió Felipe la marcha al lado de su protector. No puede formarse idea de lo que padeció su dignidad al oír decir a Cienfuegos:

«¿Estás loco? ¿A dónde vas con ese espantajo?».

-A casa. Le voy a dar ropa.

-¡Ropa!... Mañana voy con aquel caballero... A las ocho, a las ocho... Me toma de criado, y me enseña todo lo que sabe, -dijo Felipe brincando.

-¿Te pondrías tú unas botas mías?

-¿Qué hacer...?

-Pues yo le voy a regalar una corbata verde, -indicó Cienfuegos.

-Y tengo yo una levita, que se la podría poner un duque.

Oyendo tales cosas, veía el bueno de Felipe delante de sí mundo risueño de comodidades, glorias, grandezas y regalo. El cielo se abría plegando su azul, como las cortinas de un guardarropa, y mostraba una y otra prenda; esta para invierno, aquella para verano; y tras la ropa mil objetos de lujo y opulencia, como por ejemplo: varias cajas de cerillas, un bastoncito, un reloj con tres varas de cadena, anillos, una cartera con su lapicito para apuntar, paraguas, etc.

«Y dos camisas viejas, ¿qué tal te vendrían?».

-Vamos, que tengo yo un cinturón de gimnasia que no me sirve para nada...

-Y yo un sombrero número 3. ¿Te lo pondrás?

Felipe brincaba. Su gratitud no podía ser elocuente de otro modo.

«Es tarde, -dijo Cienfuegos avivando el paso-. Doña Virginia se va a poner furiosa porque tardamos».

-¡Valiente cuidado me da a mí Doña Virginia! Di, Felipe, ¿dormirías tú en una cama de colchones si te pusieran en ella?

Felipe, atacado de un gozo convulsivo, echó a correr, desapareció. Al poco rato, Miquis le sintió a su espalda, imitando con donosura infantil el ladrar de un cachorrillo.

A trechos con prisa, a trechos lentamente, disputando en cada esquina y pasando repetidas veces de una acera a otra, llegaron los dos amigos y su protegido al centro de Madrid. Por cualquier motivo fútil, cuando no lo había de importancia, habían de estar siempre cuestionando y riñendo Miquis y Cienfuegos. En ellos la amistad no habría tenido goces, despojada de la irritación de la controversia, y de aquel dramático interés que provenía de las frecuentes embestidas entre uno y otro temperamento. Lo que hablaron, lo que argumentaron, lo que por aquella simpleza de ir a prisa o ir despacio dijeron, no se puede contar. A poco más pasan de las palabras a las obras.

«Es que no me gusta que esperen por mí».

-Mira no te vaya a comer Doña Virginia...

-No es sino que...

-No me vengas a mí con...

-Bruto, no es eso...

-Animal, no se puede tratar contigo...

Llegaron por fin a su casa, que era de las que llamamos de huéspedes, y estaba, según cuenta quien lo sabe, en una mala calla situada en un barrio peor, la cual si llevara nombre de varón como lo lleva de hembra, se llamaría del Rinoceronte. Subieron al cuarto, que era segundo con entresuelo, por la mal pintada, peor barrida y mucho peor alumbrada escalera, y antes de que llamaran abrió con estruendo la puerta una hermosa harpía, que en tono iracundo les increpó de esta manera:

«¿Son éstas horas de venir a comer? ¡Qué señores éstos! No se puede con ellos. Usted, D. Alejandro, tiene la culpa».

-Señora, ¿quiere usted irse a...?

-¿A dónde, a dónde?

-A donde usted quiera.

Acobardado Felipe por el destemplado lenguaje de aquella matrona, se detuvo en el último escalón, mirando con ansiedad a la puerta, que se iba a cerrar ante él. Retrocedió Alejandro para llamarle; mas cuando la señora, tan guapa como furiosa, oyó que Miquis decía: «entra, muchacho», se arrebató más, cerró de golpe, y he aquí sus dramáticos acentos, conservados por un erudito averiguador:

«Pero qué... ¿Habrás visto? ¿Otra vez me trae estafermos de la calle?... No faltaba más...».

-Señora, -dijo Miquis con zalamería-. Si no me deja usted hablar, no hay medio de entendernos. Yo sólo quería pedir a usted tuviese la bondad de dejar dormir a ese chico en la buhardilla. Oír esto y volarse fue todo uno. Los demás huéspedes acudieron al ruido, curiosos de ver lo que pasaba.

«¿Qué les parece a ustedes este D. Alejandro?... -prosiguió la dueña de la casa, pasando ya del furor a las burlas-. Niño, ¿es esto una hermandad para recoger pobres?... El mes pasado me trajo un italiano de esos que tocan el arpa; hace días un viejo ciego con joroba y clarinete, y hoy... Vaya unos amigos que se echa el tal D. Alejandro. Y no pide nada... que les ponga cama en la buhardilla, que les dé de comer... Vaya, señores, a la mesa, a la mesa».

Entre tanto, Miquis acercaba su rostro al ventanillo y por el enrejado de cobre decía:

«Felipito, Felipito...».

-Señor...

-Espérese usted ahí un momentito...

Los compañeros de hospedaje se burlaban, y la misma doña Virginia, pasado aquel primer chispazo de ira, se reía también, diciendo:

«¡Pobre D. Alejandro!... Es un buenazo».

Y no paró en esto su desenojo, sino que, mientras se servía la sopa, fue adentro y sacó pedazos de pan, queso y golosinas, y poniéndolo todo en un papel salió a la escalera. Al poco rato volvió al comedor asustada, con las manos en la cabeza y riendo a todo reír.

«Pero ¡qué loco, Virgen madre, qué loco!... Allá está dándole ropa... Le ha dado el chaqué azul que no se ha puesto más que tres veces... y dos camisas y unas botas enteramente nuevas... ¡Jesús, Jesús!».

En el extremo de la mesa sonó una voz campanuda, dictatorial, que separando con pausa las sílabas, promulgó esta sesuda frase:

«Acabará en San Bernardino».

El doctor Centeno de Benito Pérez Galdós

Introducción a la Pedagogía: I - II - III - IV - V — **Pedagogía:** I - II
- III - IV - V - VI - VII - VIII - IX - X - XI - XII - XIII

Quiromancia: I - II - III - IV - V - VI - VII - VIII - IX - X

En aquella casa: I - II - III - IV - V - VI - VII - VIII - IX — **Principio
del fin:** I - II - III - IV - V - VI - VII

Fin: I - II - III - IV - V - VI - VII - VIII — **Fin del fin:** I - II - III
- IV - V - VI

Pedagogía

Pedagogía : I

Dice Clío, entre otras cosas de menor importancia quizás, que D. Pedro Polo y Cortés se levantaba al amanecer, bajaba a la iglesia de las monjas, decía su misa, se desayunaba en la sacristía, fumaba un cigarrillo, volvía después a su casa, charlaba con su madre por espacio de un cuarto de hora, cambiaba de ropa, daba un suspiro... Todo esto ocurría invariablemente día por día, sin que nada faltase, ni el chocolate, ni el suspiro. Esto último era como la señal para entrar en el local de la escuela, cuyas puertas se abrían a las ocho en verano y a las nueve en invierno.

Hemos dicho que se abrían las puertas. ¡María Santísima!, ¡qué ruido, qué pataditas, qué empujones! La vetusta casa temblaba como en amenaza de desplomarse. Y el estruendo duraba hasta que aparecía D. Pedro, no diré repartiendo bofetones, sino sembrándolos con gesto semejante al del labrador que arroja en tierra la semilla. Luego daba una gran voz. ¡Vaya

un silencio, camaradas! Creo que se podría oír el ruido que hiciera una mosca frotándose la trompa con las patas... Después, poquito a poquito, saltaba un murmullo, una sílaba, una palabra, y de esto se iba formando susurro hondo y creciente que no se sabe a dónde llegaría si D. Pedro con su potente *quos ego* no lo atajara.

Había un pasante a quien llamaban D. José Ido, hombre aplicadísimo a su deber, pálido como un cirio y con ciertos lóbulos o verrugones que parecían gotas de cera que le escurrían por la cara; de expresión llorosa y mística, flaco, exangüe, espiritado; manifestando en todo las congostas de una de esas vidas de abnegación y sacrificio heroicamente consagradas a la infancia. Tenía en la frente un mechón de negros y espeluznados cabellos que parecía un pábilo humeante, y en sus ojos, siempre mojados, chisporroteaban, con la humedad y el pestañeo, las más desgarradoras elegías. Era el mártir oscuro y sin fama de la instrucción, el padre de las generaciones, el fundamento de infinitas glorias, la piedra angular de tantas fortunas y de preclaros hechos. Políticos que habéis firmado sabias leyes; ministros que con un meneo de rúbrica lleváis diariamente la felicidad al corazón de vuestros amigos; negociantes que autorizáis un crédito; notarios que dais fe; poetas que conmovéis la muchedumbre; jurisconsultos que lucháis por el derecho; médicos que curáis, y periodistas que escribís y amantes que fatigáis el correo, acordaos de D. José Ido, que al poner una pluma en vuestra mano torpe y al administraros el bautismo de tinta, iniciándoos en la religión de la escritura, os dio diploma y título de cristianos civilizados...

Porque el fuerte, o mejor dicho, el sacerdocio de nuestro D. José Ido, era la caligrafía. Enseñaba por el Evangelio de Iturzaeta una forma redonda, armónicamente compuesta de trazos gordos y finos, con cada rasgo para arriba y para abajo que daba gloria, y un golpe de mayúsculas que podría competir con lo mejor de los tiempos benedictinos. Cuando por encargo especial acometía un trabajo de felicitación o cosa semejante, para implorar por cuenta propia o ajena la benevolencia de cualquier magnate, eran de ver aquellas Emes iniciales con el cabello erizado de entusiasmo, aquellas Haches que arrastraban más cola que un pavo real, aquellas Erres que hacían cortesías, aquellas Efes con más peluca que Luis XIV, aquellas Eses minúsculas que parecían saltar de gozo, aquellas Eles a caballo sobre las Íes, aquellas Jotas con morrión, y otras infinitas maravillas que producían a la vista ilusión de pirotecnia, todo rematado con unas etcéteras que a la cola de esta procesión pendolística iban con plumachos, blandiendo alabardas y banderolas. El resto lo hacían mil vaivenes de rúbrica como flechas disparadas o laberinto arácnido, en el centro del cual aparecía lánguido, indolente, cual si cayera mareado en medio de tanto círculo el claro nombre de José Ido del Sagrario.

La clase duraba horas y más horas. Era aquello la vida perdurable, un lapso secular, sueño del tiempo y embriaguez de las horas. Nunca se vio más antipática pesadilla, formada de horripilantes aberraciones de Aritmética, Gramática o Historia sagrada, de números ensartados, de cláusulas rotas. Sobre el eje del fastidio giraban los graves problemas de sintaxis, la regla de tres, los hijos de Jacob, todo confundido en el común matiz del dolor, todo teñido de repugnancias, trazando al modo de espirales, que corrían premiosas, ásperas, gemebundas. Era una rueda de tormento, máquina cruelísima, en la cual los bárbaros artífices arrancaban con tenazas una idea del cerebro, sujeto con cien tornillos, y metían obra a martillazos y estiraban conceptos o incrustaban reglas, todo con violencia, con golpe, espasmo y rechinar de dientes por una y otra parte.

En la cavidad ancha, triste, pesada, jaquecosa de la escuela, se veían cuadros terroríficos: allá un Nazareno puesto en cruz; aquí dos o tres mártires de rodillas con los calzones rotos; a esta parte otro condenado pálido, cadavérico, todo lleno de congojas y trasudores, porque se le había atragantado una suma; más lejos otro con un cachirulo de papel en la cabeza y orejas de burro, porque sin querer se había comido una definición. Como el sol reverbera sobre el rocío, así, por toda la extensión de la clase, las sonrisas abrillantaban las lágrimas, cuando no las secaba el ardor de las mejillas. Los números y rayas trazadas en los encerados daban frío, y mareaban los grandes letreros y las máximas morales escritas en carteles. Las negras carpetas, al abrirse, bostezaban, y los tinteros, ávidos de manchar, hacían todo lo posible por encontrar ocasión de volcarse... Daba grima ver tanto dedo torpe y rígido agarrando una pluma para trazar palotes, que más se torcían cuanto mayor era el empeño en enderezarlos. Las bocas, nerviositas, hacían muecas con el difícil rasgueo de la pluma... A lo mejor un cráneo sonaba seco al golpe de un puño cerrado y duro. Restallaban mejillas sacudidas por carnosa mano. Los pellizcos no cesaban, y a cada segundo se oía un ¡ay! Se confundían las voces de *bruto*, *acémila* con los lamentos, las protestas y el lastimoso y terrorífico *yo no he sido*. La palmeta iba cayendo de mano en mano, incansable, celosa de su misión educatriz, aporreando sin piedad a todo el que cogía. La quemazón de la sangre, el cosquilleo, el dolor agudísimo, daban entendimiento al torpe, medida al travieso, diligencia al indolente, silencio al lenguaraz, reposo al inquieto. Y como auxiliares de aquel docto instrumento, una caña y a veces flexible vara de mimbres sacudían el polvo. Había nalgas como tomates, carrillos como pimientos, ojos con llamaradas, frentes mojadas de sudor de agonía, y todo era picazones, escozor, cosquilleo, latidos, ardor y suplicio de carnes y huesos.

Salvas las contadas ocasiones en que se veía cruzar por el aire una mosca con rabo de papel, sucediendo a esto la algazara propia del caso, el

aburrimento llenaba las horas de la clase, aquellas horas que avanzaban arrastrándose como las babosas sobre la peña. Los miembros se entumecían, y no había fuerza humana capaz de impedir las patadas, los desperezos, aquel acostar la cabeza sobre los brazos cruzados, el cuchicheo, la inquietud... Una autoridad férrea, despótica, a quien la conciencia del deber daba algo de la crueldad sublime que enalteció a Junio Bruto, Jefté y Guzmán el Bueno, recorría los bancos, desde que se notaban los primeros síntomas de la rebelión del fastidio. A la manera que el cómitre de una galera iba sacudiendo con duro látigo la pereza de los infelices condenados al remo, así D. Pedro ponía rápido correctivo con su mano o su vara al arrastrar de suelas, a las pandiculaciones, al cuchicheo, al mirar, al reír. ¡Pobres orejas! ¡Cuántas veces se veía la mano del maestro levantar muy alto una cabeza suspendida de una oreja o empujar otra sobre la carpeta con tal fuerza, que a poco más se incrusta la nariz en la tabla!... Su máxima era: Siembra coscorriones y recogerás sabios.

El doctor Centeno de Benito Pérez Galdós

Introducción a la Pedagogía: I - II - III - IV - V — **Pedagogía:** I - II
- III - IV - V - VI - VII - VIII - IX - X - XI - XII - XIII

Quiromancia: I - II - III - IV - V - VI - VII - VIII - IX - X

En aquella casa: I - II - III - IV - V - VI - VII - VIII - IX — **Principio
del fin:** I - II - III - IV - V - VI - VII

Fin: I - II - III - IV - V - VI - VII - VIII — **Fin del fin:** I - II - III
- IV - V - VI

Pedagogía : II

D. Pedro Polo y Cortés era de Medellín; por lo tanto tenía con el conquistador de Méjico la doble conexión del apellido y de la cuna. ¿Había

parentesco? Dice Clío que no sabe jota de esto. Doña Claudia, madre de nuestro extremeño, sostiene que sí; mas para probarlo se vale del sentimiento antes que de las razones. El padre, hombre que gozó la más pura y noble fama de honradez, murió desastrosamente en la cárcel veinte años antes de estos sucesos que ahora referimos. Perseguido con saña por graves delitos ajenos, de que su buena fe le hizo en apariencia responsable, fue mártir del honor; fue, como suele decirse, un carácter elevado y glorioso, de esos que, si no abundan, no faltan tampoco en cada edad, para que conste, conforme al plan del mundo, que este no es patrimonio de los malos. Murió como un santo, y muchos están con menos motivo en los altares.

La familia no había vivido nunca con holgura, y muerto el jefe de ella, quedó en triste miseria. A Pedro Polo le correspondía llevarla sobre sí, cosa en extremo difícil, pues se encontraba con veinticuatro años a la espalda, sin haber estudiado cosa alguna, sin oficio, carrera ni habilidad que pudiera serle provechosa. Sólo sabía leer, escribir, contar y un poco de latín más macarrónico que erudito. Había pasado la niñez y lo mejor de su juventud dedicado a divertimientos corporales y al saludable ejercicio de la caza. De su complexión atlética, ¿qué beneficio podía sacar como no fuera un jornal mísero? A las ciencias no les tenía maldita afición. La milicia le seducía, pero ya era tarde para pensar en ella. Ir a cualquier parte de las pródidas Américas en busca de fortuna cuadraba a su natural aventurero y a su atrevido espíritu; pero mientras parecía la fortuna, que allí como en todas partes no se alcanza sin trabajo y paciencia, ¿de qué vivirían su madre y su hermana? El comercio no le desagradaba; pero no tenía más capital que su escopeta y un poco de pólvora. Cualquier profesión, por breve y fácil que fuese, requería tiempo y libros, y la necesidad de la familia no tenía espera. Una sola carrera había, cuya posesión pudiera acometer y lograr en poco tiempo el joven Polo. Le apretaba a seguirla un tío suyo materno en tercer grado, canónigo de la catedral de Coria; hubo lucha, sugerencias, lágrimas femeninas, dimes y diretes; el tío ofreció pensionar a la madre y hermana mientras durasen los breves estudios, y por fin todos estos estímulos y más que ninguno el agudísimo de la necesidad vencieron la repugnancia de Polo, le fingieron una vocación que no tenía y...

Cantó misa, y la familia tuvo un apoyo. Cinco años pasó Polo y Cortés en Medellín, viviendo con estrechez, pero viviendo. Con sus misas, sus funerales y bautizos, desempeñando la coadjutoría de la parroquia, pudo pagar deudas onerosas que abrumaban a la familia. Disentimientos y rivalidades de sacristía le obligaron a salir de su pueblo. Vivió algún tiempo en Trujillo; desempeñó más tarde un curato en Puente del Arzobispo, y luego residió seis años en Toledo, siempre con grandísima penuria, mortificado por la pena de no poder sacar a su madre y hermana de aquella triste vida, llena de incomodidades y pobreza. Esto tuvo feliz término

cuando se estableció en Madrid. ¡Gracias a Dios que le sonreía la fortuna! Desde que una azafata de la Reina, extremeña, solicitó y obtuvo para Pedro Polo el capellanazgo de las monjas mercenarias calzadas de San Fernando, la vida de aquellas tres personas tomó cariz más risueño y un rumbo enteramente dichoso. ¡Las monjas eran tan buenas, tan cariñosas, tan señoras...! Ellas mismas sugirieron a su bizarro capellán la idea de poner una escuela donde recibieran instrucción cristiana y yugo social los muchachos más díscolos, y para realizar este noble pensamiento le ofrecieron el local que tenían por el callejón de San Marcos en la casa del marquesado de Aquila Fuente, tronco de aquella piadosa fundación.

Era el edificio tan viejo, que por respeto a su origen glorioso se tenía en pie. La planta principal servía para habitación de D. Pedro y su familia, y la baja, que tenía espaciosas cuerdas, para albergar la escuela y toda la chiquillería consiguiente. Hermoso plan, tan pronto pensado como hecho. Así como el tío canónigo (a quien D. Pedro en sus ratos de jovialidad solía llamar el bobo de Coria) había dicho *hágote sacerdote*, las monjas habían dicho a su vez *hágote maestro*. Para su sotana pensaba Polo así: ¿Clérigo dijiste?, pues a ello. ¿Profesor dijiste?, pues conforme. Dichosa edad ésta en que el hombre recibe su destino hecho y ajustado como toma un vestido de manos del sastre, y en que lo más fácil y provechoso para él es bailar al son que le tocan. Música, música, y viva la Providencia.

El éxito de la escuela fue grande. Centenares de hijos del hombre acudieron de todas las partes del barrio, atraídos por la fama de docto, paternal y juicioso que había adquirido Polo sin saber cómo. El caudal de la familia engrosaba lentamente, y vierais por fin cómo se dulcificaba la hasta entonces amarga vida de aquella buena gente; cómo podía gozar doña Claudia de comodidades que hasta entonces no conociera, y Marcelina Polo decorar su persona con severa compostura. No faltaban ya en la casa los alimentos sanos y abundantes, ni el abrigo en invierno, ni algunos honrados esparcimientos en verano. Aunque la mayor de las satisfacciones de D. Pedro Polo era el bienestar de su madre y hermana, por quienes sentía verdadera adoración, no le disgustaba tomar para sí una parte de los dones de la fortuna, y al año de establecida la escuela se le podía ver y admirar, vestido de paisano o de eclesiástico, según los casos, con la pulcritud y el lujo de los curas más distinguidos.

Aquel nobilísimo oficio le daba mucho que, hacer al principio, porque tenía que aprender por las noches lo que había de enseñar al día siguiente, trabajo penoso e ingrato que fatigaba su memoria sin recrear su entendimiento. Todo lo enseñaba Polo según el método que él empleara en aprenderlo; mejor dicho, Polo no enseñaba nada; lo que hacía era introducir en la mollera de sus alumnos, por una operación que podríamos llamar inyectó-cerebral, cantidad de fórmulas, definiciones, reglas,

generalidades y recetas científicas, que luego se quedaban dentro indigeridas y fosilizadas, embarazando la inteligencia sin darla un átomo de sustancia ni dejar fluir las ideas propias, bien así como las piedras que obstruyen el conducto de una fuente. De aquí viene que generaciones enteras padezcan enfermedad dolorosísima, que no es otra cosa que el mal de piedra del cerebro.

El doctor Centeno de Benito Pérez Galdós

Introducción a la Pedagogía: I - II - III - IV - V — **Pedagogía:** I - II
- III - IV - V - VI - VII - VIII - IX - X - XI - XII - XIII

Quiromancia: I - II - III - IV - V - VI - VII - VIII - IX - X

En aquella casa: I - II - III - IV - V - VI - VII - VIII - IX — **Principio
del fin:** I - II - III - IV - V - VI - VII

Fin: I - II - III - IV - V - VI - VII - VIII — **Fin del fin:** I - II - III
- IV - V - VI

Pedagogía : III

También dice la chismosa Clío que el temperamento de D. Pedro Polo era sanguíneo, tirando a bilioso, de donde los conocedores del cuerpo humano podrían sacar razones bastantes para suponerle hostigado de grandes ansias y ambicioso y emprendedor, como lo fueron César, Napoleón y Cromwell. Sobre esto de los temperamentos hay mucho que hablar, por lo cual mejor será no decir nada. Quédese para otros el fundar en el predominio de la acción del hígado el genio violentísimo de nuestro capellán, y en el desarrollo del sistema vascular, así como en la superioridad de las funciones de nutrición sobre las de relación, la intensidad de sus anhelos, su fuerza de voluntad incontrastable. Cierto es que si se hubiera dedicado, como su paisano, a conquistar imperios, los habría ganado con rapidez. Habiéndose metido, por la fatalidad de los tiempos y de las circunstancias a instruir muchachos, los instruía por

los modos y estilo que el otro empleó en domar naciones. Y no comprendía Polo la enseñanza de otra manera. Se le representaba el entendimiento de un niño como castillo que debía ser embestido y tomado a viva fuerza, y a veces por sorpresa. La máxima antigua de la letra con sangre entra, tenía dentro del magín de Polo la fijeza de uno de esos preceptos intuitivos y primordiales del genio militar, que en otro orden de cosas han producido hechos tan sublimes. Así, cuando movido de su convicción profundísima, descargaba los nudillos sobre el cráneo de un alumno rebelde, esta cruel enseñanza iba acompañada de la idea de abrir un agujero por donde a la fuerza había de entrar el tarugo intelectual que allí dentro faltaba. Los pellizcos de sus acerados dedos eran como puncturas por las cuales se hacían, al través de la piel, inyecciones de aquella sabiduría alcaloide de los libros de texto.

Gran auxilio prestaba a D. Pedro el pasante D. José Ido, mayormente en el arte de escribir. Polo escribía mal, y su ortografía era muy descuidada. Ido lo ayudaba también en las lecciones, y hacía leer a los pequeñuelos, mas con tan delgada voz y entonación tan embarazosa, que para articular una sílaba parecía pedir prestado el aliento al que estaba más próximo. Los chicos, desde el mayor al más pequeño, respetaban y temían tanto a D. Pedro, que ni aun fuera de la clase se atrevían a hacer burla de él; pero al pobre Ido lo trataban con familiaridad casi irreverente. Las paredes del callejón de San Marcos estaban de punta a punta ilustradas con el retrato del señor de Ido en diferentes actitudes, y eran de ver lo parecido del semblante y la gracia de la expresión en aquellos toscos diseños. No faltaban explicaciones y leyendas que decían: Ido diendo a los toros; y por otro lado: Ido del Sagrario calléndosele los calzones. Porque este pobre calígrafo tenía las carnes tan flácidas, que toda su ropa parecía escurrirse, y que cada pieza, desde la corbata a los pantalones, estaba más baja del sitio que le correspondía. Otra cosa que daba motivo así a las cuchufletas como a las ilustraciones, era el cartílago laríngeo o nuez del pasante, el cual era grandísimo. Entre las pinturas murales, que representaban casi siempre escenas de toros, había una cuyo letrero decía: el toro, perdone ustez - me le enganchó de la nuez...

A este hombre probo, trabajador, honrado como los ángeles, inocente como los serafines, esclavo, mártir, héroe, santo, apóstol, pescador de hombres, padre de las generaciones, le trataba D. Pedro delante de los chicos con frialdad y sequedad; mas cuando estaban solos le abrumaba a cortesánías y piropos, como este: «es usted más tonto que el cerato simple», dicho con desenfado y sin mala voluntad. O bien le saludaba así: «Cierre usted esa boca, hombre, que se le va por ella el alma». Y era verdad que parecía que el alma estaba acechando una ocasión para echársele fuera y correr en busca de mejor acomodo.

Los capones y pellizcos, los palmetazos y nalgadas, las ampliaciones de orejas, aplastamiento de carrillos, vapuleo de huesos y maceración de carnes no completaban el código penitenciario de Polo. Además de la pena infamante de las orejas de burro, había la de dejar sin comer, aplicada con tanta frecuencia, que si las familias no sacaban de ella grandes ahorros era porque no querían. Todos los días, al sonar las doce, se quedaban en la clase, con el libro delante y las piernas colgando, tres o cuatro individuos que se habían equivocado en una suma o confundido a Jeroboan con Abimelech, o levantado algún falso testimonio a los pronombres relativos. Los autores de estos crímenes no debían alcanzar de nuestro Eterno Padre el pan de cada día, que todos piden, pero que sólo se da a quien lo merece. Bostezos que parecían suspiros, suspiros como puños llenaban la grande y trágica sala. Isaías no habría desdeñado llorar tan dolorosas penas, y hubiera hallado algún sublime acento con que pintar aquellos desperezos tan fuertes, que no parecía sino que cada brazo iba a caer por su lado. A menudo las páginas sucias, dobladas, rotas de los aborrecidos libros se veían visitadas por un lagrimón que resbalaba de línea en línea. Pero esta forma del luto infantil no era la más común. La inquietud, la rebeldía, el mareo, la invención de peregrinas diabluras eran lo frecuente y lo más propio de estómagos vacíos. Quien gastaba su poca saliva en mascar y amasar papel para tirarlo al techo; quien dibujaba más monos que vieron selvas africanas; quien se pintaba las manos de tinta a estilo de salvajes...

Cuando la clase concluía, allá a las cinco de la tarde, después de diez horas mortales de banco duro, de carpeta negra, de letras horribles, de encerado fúnebre, el enjambre salía con ardiente fiebre de actividad. Era como un ardor de batallas, cual voladura de todas las malicias, inspiración rápida y calorosa de hacer en un momento lo que no se había podido hacer en tantas lloras. Una tarde de Enero, un chico que había estado preso sin comer y sin moverse en todo el día, salió disparado, ebrio, con alegría furiosa. Sus carcajadas eran como un restallido de cohetes, sus saltos, de gato perseguido, sus contorsiones, de epiléptico, la distensión de sus músculos, como el blandir de aceros toledanos, su carrera, como la de la saeta despedida del arco. Por la calle de San Bartolomé pasaba una mujer cargada con enorme cántaro de leche. El chico, ciego, la embistió con aquel movimiento de testuz que usan cuando juegan al toro. El piso estaba helado. La mujer cayó de golpe, dando con la sien en el mismo filo del encintado de la calle, y quedó muerta en el acto.

El doctor Centeno de Benito Pérez Galdós

Introducción a la Pedagogía: I - II - III - IV - V — **Pedagogía:** I - II
- III - IV - V - VI - VII - VIII - IX - X - XI - XII - XIII

Quiromancia: I - II - III - IV - V - VI - VII - VIII - IX - X

En aquella casa: I - II - III - IV - V - VI - VII - VIII - IX — **Principio
del fin:** I - II - III - IV - V - VI - VII

Fin: I - II - III - IV - V - VI - VII - VIII — **Fin del fin:** I - II - III
- IV - V - VI

Pedagogía : IV

Es forzoso repetir que la crueldad de D. Pedro era convicción y su barbarie fruto áspero pero madurísimo de la conciencia. No era un maestro severo, sino un honrado vándalo. Entraba a saco en los entendimientos y arrasaba cuanto se le ponía delante. Era el evangelista de la aridez, que iba arrancando toda flor que encontrase y asolando las amenidades que embelesan el campo de la infancia, para plantar luego las estacas de un saber disecado y sin jugo. Pisoteaba rosas y plantaba cañas. Su aliento de exterminio ponía la desolación allí donde estaban las gracias; destruía la vida propia de la inteligencia para erigir en su lugar muñecos vestidos de trapos pedantescos. Segaba impío la espontaneidad, arrancaba cuanto retoño brotara de la savia natural y del sabio esfuerzo de la Naturaleza, y luego aquí y allí ponía flores de papel inodoras, pintorreadas, muertas. Por uno de esos errores que no se comprenden en hombre tan bueno, estaba muy satisfecho de su trabajo, y veía con gozo que sus discípulos se lucían en los Institutos, sacando a espuestas las notas de sobresaliente. D. Pedro decía: ellos llevan el cuerpo bien punteado de cardenales, pero bien sabidos van.

A los tres años de esta ordenada vida capellanesca, escolástica y cardenalicia, la familia se encontraba en un pie de comodidades que nunca había conocido. Doña Claudia Cortés se trataba con azafatas, alabarderas, tal cual camarista y otras personas bien puestas en Palacio. Marcelina

Polo, que llevaba el peso de la casa, había logrado decorar esta con cierta elegancia relativa. En el reducido círculo de las relaciones de la familia pasaba ya por dogma que ningún cacareado colegio de Madrid ofrecía a los muchachos educación tan sólida, cristiana y de machaca-martillo como el del padre Polo. Llegó día en que eran necesarias las recomendaciones para admitir una nueva víctima en el presidio escolar. Desgraciadamente para la familia, los ingresos, aunque regularcitos, no correspondían a la fama del llamado colegio, por tener don Pedro una cualidad excelsa en el terreno moral, pero muy desastrosa en el económico, la cual era una extremada y nunca vista delicadeza en cuestiones de dinero. Aquella voluntad de hierro, aquel carácter duro se trocaban en timidez siempre que era preciso reclamar de algún chico o de sus padres el pago de los honorarios. Así es que muchos no le pagaban maldita cosa, y él antes se cortara una mano que despedirles. Este sublime desinterés lo tuvo también el padre de D. Pedro, de donde le vino, al decir de sus contemporáneos, que muriera en afrentosa cárcel. La economía política debe llamar a esta virtud voto de pobreza, y es evidente que estorba para todo negocio que no sea el importantísimo de la salvación.

Pero bueno es decir que los fallidos ocasionados en la caja por los efectos de esta santidad los compensaba Polo y Cortés con otros ingresos que le sobrevinieron cuando menos pensaba. Alentado por varios amigos, se metió a predicador. Hizo una tentativa; le salió regular; animóse; fue entrando en calor, y al año se lo disputaban las cofradías. Él no era por sí elocuente; pero le favorecían su voz grave, llena, hermosa, a veces dulce, a veces pa